

Capítulo 16 - El perdón de las ilusiones.

Introducción - El Puente

Este capítulo trata principalmente de la relación especial y es una profundización de lo que discutimos en el Capítulo 15. Dos de las secciones más dramáticas ("Las ilusiones y la realidad del amor" y "La decisión de alcanzar la compleción") tratan sobre la dinámica del especialismo, la cual aparece en este capítulo, y esta será el foco de gran parte de la discusión. Nuestro marco, proporcionando la estructura para este movimiento de la gloriosa sinfonía de Jesús, es el símbolo de un puente, rara vez utilizado en otras partes de Un Curso de Milagros, pero es prominente su uso aquí. El puente se usa de dos maneras, no muy diferente a lo que vimos con el instante santo. El término se refiere al puente que nos lleva desde la percepción de los cuerpos al mundo real, en el que no hay cuerpos. También se usa en el sentido más amplio de cerrar la brecha entre el mundo de ilusiones del ego y el Cielo. El puente que conduce al mundo real, el título de la sección VI, es un segmento de este puente más grande. Los puentes van en ambos sentidos, por supuesto, y el puente del Espíritu Santo invierte el del ego que nos alejó del Cielo. El puente del ego tiene dos partes. La primera nos lleva de la Expiación de la mente correcta a la culpa de la mente errada, el contenido principal del ego. Sin embargo, tan pronto como aterrizamos en la orilla de la culpa, el ego nos lleva rápidamente al cuerpo. Las relaciones especiales son el hogar de la culpa que proyectamos desde la mente, porque el propósito del segundo puente del ego es ocultar nuestra

culpa en el cuerpo de otra persona – en cualquier persona, o en cualquier lugar – para que nunca sea vista en nuestras mentes. Entonces, atacamos la culpa en nuestros hermanos, sin darnos cuenta de que es nuestra propia culpa.

El sistema de pensamiento del ego está destinado a ser un puente sin retorno. Nos dirige a abandonar la mente correcta, yendo a la mente errada y luego al cuerpo, olvidando que alguna vez hubo un puente, y mucho menos que lo hemos cruzado. En efecto, una vez que cruzamos el puente hacia el cuerpo, el ego lo hace estallar; y su explosivo es la negación o represión, representada en el cuadro (ver Apéndice) como el "velo del olvido". Ahora no tenemos recuerdo de la mente y esto es la fuente de todas nuestras relaciones especiales.

Examinaremos algunos breves pasajes que describen el propósito del puente del ego, enfatizando su miedo de que tal como lo habíamos elegido originalmente en contra del Espíritu Santo, algún día reconoceríamos nuestra decisión equivocada y la revertiríamos. Nuevamente, temeroso de que podamos volver a cruzar su puente, el ego se asegura de que esto no suceda si nos volvemos sin mente, lo que hará para siempre imposible que podamos cambiar nuestras mentes. Sin embargo, comenzamos nuestra discusión con la Expiación, el principio contra el cual todas las defensas del ego están construidas.

El principio de la Expiación

(III.5:10-11) Pues nada real ha abandonado jamás la mente de su creador. Y lo que no es real nunca estuvo en ella.

Esta es una declaración clara de la Expiación, que dice que la separación de

Dios nunca sucedió. Implícito aquí está el principio central de la corrección

del Espíritu Santo: las ideas no abandonan su fuente – la Idea del Hijo de

Dios nunca abandonó Su Fuente. Debido a este hecho feliz, las ilusiones de

separación permanecen irreales, y la realidad no es ilusoria. Nuestro ser

especial no ha tenido ningún efecto sobre la verdad que es nuestro único y

unificado Ser.

(III.6:1-3) Tú no eres dos seres en conflicto. ¿Qué puede haber más allá de Dios? Si tú, que lo contiene a Él y a quién Él contiene, eres el universo, todo lo demás tiene que estar afuera, donde no existe nada. Lo anterior es la simple respuesta del Espíritu Santo a la diminuta y alocada

idea de la separación: no es nada, y el mundo que parece tan real, en realidad no está en ninguna parte – la proyección de nada debe terminar en

ninguna parte. Además, el aparente conflicto entre nuestro ego y Dios es

una fantasía ociosa, un sueño proyectado de culpa y ataque que no puede

cambiar la realidad.

(II.8:4-6) Su Voz ha hablado claramente, pero tienes muy poca fe en lo que oíste debido a que has preferido tener más fe en el desastre que has

ocasionado. Resolvamos hoy juntos aceptar las buenas nuevas de que ese desastre no es real y de que la realidad no es un desastre. La realidad es algo seguro, está a salvo y es completamente bondadosa con

todo el mundo y con todas las cosas.

El peor miedo del ego es nuestra resolución de prestar atención al Espíritu

Santo, reconociendo con el amor al lado nuestro, que el desastroso mundo

del ego no ha tenido ningún efecto sobre la verdadera realidad de Dios y Su

Hijo. El ego sabe que nuestra debilitada fe en el Espíritu Santo y en Su mensaje de Expiación sería fácilmente invertida si reconociéramos el verdadero desastre del sistema de pensamiento en el que depositamos nuestra fe y aceptamos como verdadero. Solo entonces podremos ser

genuinamente amables con los demás, sin excepción. Estas buenas noticias no son alegres para nosotros mientras valoremos nuestro yo especial y cruel, de cuya pérdida estamos seguros que sería un desastre. Es por eso que debemos embarcarnos en el viaje de perdón del Curso con Jesús, quien nos lleva del desastroso y sin mente mundo de los cuerpos al mundo de la decisión corregida por la visión y la paz de Dios.

(III.4:8-10) Lo que aceptas en tu mente no puede realmente cambiarla. Las ilusiones no son sino creencias en algo que no existe. Y el aparente conflicto entre la verdad y la ilusión sólo puede ser resuelto separándote de la ilusión y no de la verdad.

El ego nunca quiere que veamos que todo lo que necesitamos hacer para ser sanados y estar completos es cambiar nuestras mentes, separándonos de la ilusión y uniéndonos a la verdad. El ego y su mundo "no están ahí", porque la realidad nunca ha cambiado. El universo fenomenal del tiempo y el espacio da testimonio de la mentira de que la separación es un hecho, la verdad es ilusión y la ilusión es verdad.

(II.6:6-12) Es cierto, tal como temes, que reconocerlo a Él supone la negación de todo lo que crees saber. Pero lo que crees saber nunca fue verdad. ¿De qué te sirve aferrarte a ello y negar las pruebas en favor de la verdad? Pues estás demasiado cerca como para poder renunciar a ella ahora, y no podrás sino ceder ante su irresistible atracción. Puedes demorar esto ahora, pero sólo por un tiempo. El Anfitrión de Dios te ha llamado y tú le has oído. Nunca jamás volverás a estar completamente dispuesto a no escuchar.

La experiencia del ego es que el Espíritu Santo ha arrojado el guante, proclamándonos jactanciosamente a nosotros: "El ego es simplemente tonto. Por supuesto que me escucharás a Mí y volverás a casa". El ego es desafiante en su respuesta, "¡Ya veremos!" y diseña una estrategia de cuerpos sin mente que culmina con la relación especial. Esto asegura que

siempre estemos separados de la verdad y unidos a la ilusión, con el acceso denegado a la Expiación de la mente que presagia el fin del dominio del ego. A pesar de la brillantez del plan del ego, la atracción por la verdad de la Expiación y el amor del Cielo es tan fuerte que sólo se necesita un simple

"asentimiento a Dios" (T-24.VI.12:4) para que vuelva a la conciencia. El miedo del ego a la Expiación.

(IV.10:3-4) Cada fantasía, ya sea de amor o de odio, te priva del conocimiento, pues las fantasías son el velo tras el cual la verdad yace oculta. Lo único que necesitas para descorrer ese velo que tan negro y tupido parece, es valorar la verdad por encima de cualquier fantasía y no estar dispuesto en modo alguno a conformarte con ilusiones en lugar de la verdad.

Al hacer que no reconozcamos dónde está la verdad, el ego busca asegurarse de que nunca la valoraremos. Nos hace creer que la verdad está

en el mundo y en el cuerpo, donde encontraremos felicidad, paz y placer en

la relación especial. Mediante su uso de la negación, olvidamos que hay una

mente, el único lugar donde se puede encontrar la verdad. El ego construye

su estrategia para sacarnos de nuestras mentes, literalmente y figurativamente, por lo que permanecemos muy alejados de la parte tomadora de decisiones de la mente donde ciertamente elegimos en contra

de él y en favor del Espíritu Santo. Los velos de ilusiones y fantasías del

ego consecuentemente cumplen su propósito de mantener la verdad oculta

detrás de nuestro especialismo, un tema subsidiario de este importante

capítulo.

(V.15:3-5) La separación no es más que la decisión de no conocerte a ti mismo. Todo este sistema de pensamiento es una experiencia de aprendizaje cuidadosamente urdida, diseñada para apartarte de la

verdad y conducirte a las fantasías. Mas por cada enseñanza que pueda hacerte daño, Dios te ofrece corrección y escape total de todas sus consecuencias.

La corrección de Dios es el milagro del Espíritu Santo, que está en nuestras mentes y nos ofrece la oportunidad de elegir de manera diferente. De ahí el propósito del ego de sacarnos de la mente, impidiendo el acceso a la corrección que seguramente nos llevaría a reconocer nuestro error, a decidir en contra de la fantasía del ego y en favor de la verdad del Espíritu Santo, y a recordar nuestra identidad como Hijo de Dios. Una vez más, el sistema de pensamiento del ego, que culmina en la relación especial, es una "experiencia de aprendizaje cuidadosamente urdida" para evitar nuestro escape de la desesperanza por los efectos de la ancestral decisión de separarnos. Necesitamos ver que de hecho hay un método en su locura, ya que nos dirigimos a la aplicación especial de este plan urdido:

(V.9:4) El verdadero propósito de la relación especial – en estricta conformidad con los objetivos del ego – es destruir la realidad y sustituirla por ilusiones.

“Substitución” es una de las definiciones clave en el Curso acerca del especialismo. El amor que creemos que deriva de los demás es un pobre sustituto del amor que es nuestra verdadera Identidad: el amor de Dios por nosotros y el nuestro por Él. De hecho, el propósito de la relación especial es destruir la realidad de Cristo (“la crucifixión del Hijo de Dios”) y reemplazarla con el ser ilusorio y diferenciado de la separación.

Nosotros destruimos la realidad que es nuestro Ser cuando elegimos contra Él, momento en el que el ego nos hace olvidar que lo hemos hecho. Como hemos visto, construye un puente entre la Expiación de la mente correcta y

la culpa de la mente errada, y luego continúa hacia su loco y destructivo mundo de las relaciones especiales. El ego posteriormente destruye el puente detrás de nosotros para que no tengamos forma de volver a la mente, y allí escoger a nuestro verdadero Maestro en lugar de a Su miserable sustituto.

(V.9:5) Pues el ego en sí es una ilusión, y sólo las ilusiones pueden dar testimonio de su "realidad".

La realidad del sistema de pensamiento del ego incluye todas las ilusiones del mundo – los cuerpos y sus sistemas de creencias: teologías, filosofías, psicologías y las teorías de la ciencia de amplio alcance. Cada una es parte del gran esquema de engaño del ego, cuyo propósito es hacer real el error de la separación y convencernos de que las ilusiones cambiantes son la realidad y que la realidad inmutable es una ilusión. Para el ego, solo el cuerpo y el mundo en el que habita es verdadero, dejando que el espíritu y su mundo Celestial sean falsos.

La siguiente declaración proporciona la clave para comprender las tortuosas maquinaciones del ego:

(VII.3:6) Sin embargo, si no te tuviese a ti de aliado de tu propia destrucción, el ego no podría utilizar el pasado contra ti.

Regresamos ahora al pasado y al uso que el ego hizo de él. Lo que nos alía

con el ego es la mente tomadora de decisiones, que tiene el poder de elegir

el ego o el Espíritu Santo. Ahora entendemos que este poder es el miedo

real del ego. No le teme a Dios ni a Su Voz, no tiene conciencia ni siquiera

concepción de la verdad, pero el ego teme la capacidad de la mente para

elegir contra él. Sabe que la separación debe su existencia misma a la

creencia de la mente en ella, y si esa creencia fuera retirada, el sistema de pensamiento de las ilusiones simplemente “dejará de parecer que existe”

(M-14.2:12).

El ego reconoce que necesita la lealtad de la parte tomadora de decisiones de la mente. Una vez que él gana, el ego asegura su supervivencia borrando el recuerdo de tal decisión. Creyendo que somos cuerpos, regidos por un cerebro y gobernados por códigos genéticos e influencias ambientales, somos incapaces de cambiar una decisión sobre la cual no tenemos ningún recuerdo de haberla tomado. Hemos perdido el reconocimiento de que el mundo y el cuerpo han sido ingeniosamente diseñados por el sistema de pensamiento del ego que hemos elegido, y como resultado nos hemos condenado nosotros mismos a una existencia sin mente de dolor, sufrimiento y muerte.

(VII.3:7-9) En la relación especial permites tu propia destrucción. Que eso es demente es obvio. Lo que no es tan obvio es que el presente no te

sirve de nada mientras persigas el objetivo del ego como aliado suyo. Una vez que elegimos la relación especial y negamos el poder de decisión de la mente, la destrucción que hemos elegido es nuestra única realidad.

Estando sin mentes, ya no hay un medio para deshacer nuestra elección

equivocada por la ilusión. El sistema de pensamiento de muerte y destrucción del ego no es una locura mientras como creemos que somos

cuerpos, sin embargo, cuando salimos del sueño con Jesús y miramos, es

evidente que la locura no se puede negar. Exploraremos este importante

tema más a fondo cuando consideremos a continuación el uso del tiempo

por parte del ego.

(VII.5:1) No parece que lo que buscas en la relación especial sea la venganza.

Hablamos del cuento del ego del pecado pasado y el castigo futuro, la mitología pecado-culpa-miedo que forma el núcleo de su sistema de pensamiento de mentalidad-errada. Proyectar este sistema de pensamiento

da como resultado que veamos el pecado y la culpa en otros, la causa percibida de nuestro miedo. En la relación especial, buscamos castigar a

otro por el pecado proyectado que hicimos real en nosotros mismos: que

nos separamos de Dios y destruimos el Cielo. Luego buscamos venganza

por este horrible crimen que creemos fue cometido por otra persona, que

merece el castigo que secretamente creemos que es nuestro merecido. El

propósito de la relación de amor especial, el tema de la declaración anterior,

es ocultar este odio y, por lo tanto, engañarnos a nosotros mismos y a los

demás en cuanto a nuestras verdaderas intenciones.

Para resumir sucintamente las capas de defensa del ego, la ilusión de amor

del ego cubre su ilusión de odio, que a su vez es el muro que nos impide

elegir el amor que es nuestra realidad y la mentalidad-correcta que es la

base para todas las relaciones.

(VII.5:2) Y ni siquiera cuando el odio y la crueldad se asoman fugazmente se quebranta seriamente la ilusión de amor.

Este es el caso, lamentablemente, de muchos matrimonios o amistades

donde existe la ilusión del amor, el amor especial o la dependencia en la que

necesitamos a otros para llenar el vacío que creemos que existe dentro nuestro. Se permite que la ira, incluso el odio, surja ocasionalmente como

ofensas e insultos percibidos, pero esto no perturba la ilusión de amor,

cuidado y devoción que parece caracterizar a la relación. Esto perpetúa la ilusión subyacente que es el propio sistema de pensamiento del ego, y evita

que este nunca sea corregido, sanado y deshecho.

(VII.5:3) Sin embargo, lo único que el ego jamás permite que llegue a tu conciencia es que la relación especial es la exteriorización de tu venganza contra ti mismo.

El ataque realmente no es contra otra persona – no hay nadie más – sino que

es solo una proyección del ataque contra nosotros mismos: no somos el

Cristo resplandeciente que Dios creó como Su Ser, sino un ser miserable,

plagado de pensamientos de pecado, culpa y terror por el castigo vengativo.

Permanecer inconsciente de esta dinámica fundamental que impulsa nuestros pensamientos y comportamiento es la clave para el sistema defensivo de relaciones especiales del ego. ¿Cómo podemos corregir errores que no sabemos que cometimos? y ¿cómo puede el amor volver a la

conciencia mientras abrazamos a su opuesto, diciendo que somos él?

(VII.5:4-6) ¿Qué otra cosa podría ser? Cuando vas en busca de una relación especial, no buscas la gloria dentro de ti. Has negado que se encuentre en ti, y la relación se convierte en su sustituto.

Tratamos de encontrar amor, felicidad, gloria y entusiasmo en las relaciones

aquí, sin mencionar en ciertas actividades y logros, sin embargo, estos son

los sustitutos más indignos de la verdadera gloria de Quiénes somos como

niños de Dios. Por eso las "alegrías" y los "placeres" del especialismo nunca duran. Se fundan en el lecho de arena sin sustancia del ego, que en

nuestras mentes delirantes pensamos que pueden ser la fuente de felicidad y plenitud.

(VII.5:7) La venganza pasa a ser aquello con lo que substituyes la Expiación, y lo que pierdes es poder escaparte de la venganza.

La Expiación dice que no hay pecado y, en verdad, que no hay nada por lo que expiar. La versión del ego de la salvación hace que el pecado sea real, el cual es expiado por el castigo. La base última de esta loca creencia es que Dios exige castigo, exigiendo satisfacción por Su necesidad sanguinaria de venganza. Al proyectar este pensamiento, buscamos venganza de todos los demás. Gobiernos, grupos e individuos todos participan en esta dinámica, ya que el Hijo de Dios es uno en la locura del ego, así como en el Amor de Cristo, el cual creemos que lo hemos perdido para siempre.

Las relaciones especiales

Ahora examinamos la relación especial con más detalle, el sustituto del ego para Dios y el núcleo del tratamiento que el Curso da al ego. Estas relaciones mantienen el sistema de pensamiento de separación, culpa y ataque en su lugar enfocándose en el cuerpo, fuera de la mente, la cual es el verdadero hogar de nuestro especialismo. La relación especial original es con Dios, la cual refleja la relación especial del tomador de decisiones con el ego, y aunque esto ocurre en la mente, el Creador es concebido como una forma corporal que nos castiga. Encontramos en las religiones bíblicas, por no hablar de otras culturas, historias de la Deidad que es representada como una persona. Esta imagen luego es reprimida, proyectada y representada repetidamente en las relaciones especiales con varias figuras de nuestra vida, especialmente aquellas en posiciones de autoridad. Nuestro primer pasaje analiza la relación especial en el contexto de nuestras

creaciones, las extensiones del Amor de Cristo, tal como Cristo es la extensión del de Dios. Todos los Hijos de Dios son parte de Su Filiación, y nuestra realidad como espíritu nos hace íntegros – una parte de Dios y de Su perfecta Plenitud. Observar la poética terminología en la oración inicial nos ayudará a evitar la literalidad al leer Un Curso de Milagros. Nuestras creaciones no-dualistas no son realmente animadores que arraigan el hogar de la Filiación, aunque esta imagen reconfortante deshace el miedo que el ego nos ha inculcado de que regresar a casa significa aniquilación. Es fundamental tener en cuenta que el lenguaje del Curso, aunque sea ilusorio, está diseñado para ayudarnos a corregir el sistema de pensamiento del ego sobre el pecado y el castigo, con Jesús usando palabras que encontrarnos significativamente en la condición dualista en la que pensamos que existimos (T-25.I.7:4).

(IV.8:1-4) El Cielo aguarda silenciosamente, y tus creaciones extienden sus manos para ayudarte a cruzar y para que les des la bienvenida. Pues son ellas lo que andas buscando. Lo único que buscas es tu compleción, y son ellas las que te completan. La relación de amor especial no es más que un pobre sustituto de lo que en verdad – y no en ilusiones – te completa.

Las uniones que buscamos aquí son pobres sustitutos de nuestro Ser, pero con eso es con lo que nos hemos conformado. Nosotros comenzamos substituyendo con el ego al Espíritu Santo, y continuamente re-creamos esta elección equivocada escuchando la voz del ego mientras pensamos que estamos en el mundo. Una y otra vez buscamos en nuestras relaciones especiales algo externo que nos complete, que nos haga sentir felices, amados y plenos. Tal búsqueda siempre fallará, ya que nuestra compleción

descansa solo nuestro interior. Este tema sinfónico alcanza lo que quizás sea su expresión consumada en “No busques fuera de ti mismo” (T-29.VII). Pasamos ahora a pasajes que explican con detalle el tema de la culpa, que ya hemos discutido en los Capítulos 13 y 15. Como hemos visto en el gráfico, el ego primero hace que la culpa sea real y luego nos hace verla en otro. Esto da rienda suelta al pensamiento mágico de que podemos liberarnos del horror que nace del atroz pecado de asesinar a Dios, estableciéndonos como “la morada del mal, de las tinieblas y del pecado” (L-pl.93.1:1). El dolor de este sistema de pensamiento se evita, nos dice el ego, negándolo en nosotros mismos, como un avestruz, y luego viendo el ataque en otros. Al proyectar la culpa y el odio fuera de nosotros, creemos que estamos a salvo. El puente que conducía desde la culpa de la mente al cuerpo, donde percibimos el lugar de la relación especial, ya no está en nuestra conciencia y creemos mágicamente que estamos libres de la horrible carga de la culpa. Esto explica la ardiente necesidad de observar el pecado en todos los demás. En lugar de enfrentar el mal que creemos que está adentro, lo vemos en otros, quienes sin duda serán castigados por nuestro pecado: (IV.3:1-2) La relación de amor especial es un intento de limitar los efectos destructivos del odio, tratando de encontrar refugio en medio de la tormenta de la culpabilidad. Dicha relación no hace ningún esfuerzo por elevarse por encima de la tormenta hasta encontrar la luz del sol. La "tormenta de la culpabilidad" es lo que hemos hecho realidad en nuestras mentes, y el "refugio" se encuentra en el cuerpo, donde percibimos la culpa proyectada de la mente. En la brillante luz del sol de la Expiación, la

oscuridad del pensamiento de separación desaparece. Esto significa que nuestro ser pequeño y especial desaparece, el gran temor del ego. Así, el ego nos hace permanecer en la oscuridad, lo cual se realiza y se preserva al percibirla en el cuerpo de otra persona. La luz del especialismo en la que nos deleitamos es la luz artificial que la proyección nos dice que lo hemos logrado, que hemos finalmente escapado de la oscuridad de la culpa de nuestra mente.

(IV.3:3-5) Por el contrario, hace hincapié en la culpabilidad que se encuentra fuera del refugio, intentado construir barricadas contra ella a fin de mantenerte a salvo tras ellas. La relación de amor especial no se percibe como algo con valor intrínseco, sino como un enclave de seguridad desde donde es posible separarse del odio y mantenerlo alejado.

Vuelve el importante tema del propósito en nuestra sinfonía. El valor de la relación especial no miente en sí mismo, ya que es inherentemente nada, sino más bien en el propósito al que sirve, de ver la culpa en alguien que no sea nosotros, la cual justificamos levantando barricadas de ira. Cuando encontramos tales personas especiales, las amamos, ya sea que la relación adopte una forma de amor o de odio. Lo que realmente amamos es el propósito oculto del ego de proteger nuestro odio a nosotros mismos, el cual provoca el especialismo. La culpa, la base de nuestro auto-concepto como seres separados, puede florecer detrás de las ciudadelas del especialismo y justo debajo de la superficie de nuestra conciencia.

(IV.3:6-4:4) El odio puede hacer acto de presencia, y de hecho se le da la bienvenida en ciertos aspectos de la relación, pero la relación se mantiene viva gracias a la ilusión de amor. Si ésta desaparece, la relación se rompe o se vuelve insatisfactoria debido a la desilusión.

El amor no es una ilusión. Es un hecho. Si ha habido desilusión es porque realmente nunca hubo amor, sino odio, pues el odio es una ilusión y lo que puede cambiar nunca pudo ser amor.

Si bien reprimir la ira nunca es útil, uno de los mitos psicológicos predominantes es que expresar la ira es sano y normal. Esto es indudablemente cierto para los egos, pero difícilmente es el ideal que Jesús nos anima a alcanzar. Dado que el reflejo del amor en el sueño – es decir, el perdón – se basa en la unidad, la separación y diferenciación que fomenta la ira significa que el amor no puede estar presente. La experiencia de uno que está enojado y el otro que es objeto del enojo refuerza las diferencias corporales que niegan la semejanza esencial de la mente dividida que es compartida por toda la Filiación. Además, dado que el amor especial se basa en que otros satisfagan nuestras necesidades especiales, este amor es ilusorio, y no podemos ser desilusionados por el amor, si antes no lo hubiésemos convertido en algo ilusorio. Otra evidencia de la naturaleza ilusoria del amor especial es que es cambiante. Sus velas ondean de acuerdo con las continuas fluctuaciones de los vientos de la necesidad, a diferencia de la constancia del amor del Cielo y la universalidad inmutable del perdón del Espíritu Santo.

De hecho, muchas relaciones duraderas (el matrimonio es una de las más destacadas) se caracterizan por la dinámica de amor/odio especial. Aquí, las expresiones de ira y odio requeridos por el ego se entrelazan en un tapiz más grande de aparente amor y afecto. Relaciones tan ambivalentes son el sello distintivo de la presencia del ego en nuestro mundo cotidiano, ya que

enfatan la separación que es el nacimiento del ego y la dualidad que es su sustento.

(IV.4:5-7) No cabe duda de que los que eligen a algunas personas como pareja en cualquier aspecto de la vida, y se valen de ellas para cualquier propósito que no desean compartir con nadie, están tratando de vivir con culpabilidad en vez de morir de ella. Éstas son las únicas alternativas que ven. Para ellos el amor es sólo un escape de la muerte.

Esto no significa que debamos vivir con todos; tampoco significa que debamos pasar las vacaciones, tener sexo, o ir al cine y cenar con toda la

gente. Jesús está hablando de contenido, no de forma, compartir el propósito de la mente, no el comportamiento del cuerpo. Este es el propósito del perdón, que no excluye a nadie del círculo de Expiación.

En el mundo onírico de la forma, claramente tenemos ciertas personas a las que

dedicamos nuestro tiempo, comenzando con nuestros núcleos familiares;

por ejemplo, solo tenemos una madre y un padre, no miles de millones.

Estas y otras relaciones intensas son nuestras aulas principales, pero el amor

que aprendemos a aceptar a través del perdón a estas personas especiales

debe extenderse a través de nosotros para incluir a todas las relaciones. El

perdón no se puede practicar verdaderamente con algunos mientras aún

retengamos el juicio y odio a los demás, sin mencionar a ciertos grupos raciales, religiosos o políticos. Reiterando, el propósito que compartimos

con el mundo es recordar que todos somos parte del único Hijo de Dios. Si

no compartimos este recuerdo con todos, no lo compartimos con nadie. Es

obligatorio que no confundamos las aulas específicas del perdón con su

contenido universal.

Para resumir nuestra discusión hasta este punto, el propósito del ego para nuestro estar en el mundo es que creamos que podemos escapar de la culpa y de Dios, mientras que el del Espíritu Santo es para que realmente escapemos de la culpa – aprendiendo a reconocer su origen en la mente para poder elegir en contra de ella y regresar a nuestra Fuente. El aprendizaje ocurre con todos: extraños, aquellos con quienes nos encontramos ocasionalmente y por un período de tiempo, y aquellos que existen dentro de un círculo de intimidad a largo plazo (M-3). Aunque las formas de nuestras lecciones difieren en general, porque los cuerpos son legión, su contenido es el mismo porque la mente es una.

Pasamos ahora a una de las secciones más importantes del texto sobre las relaciones especiales, "La decisión de alcanzar la compleción". Si bien su significado es sobre nuestra decisión en favor de la compleción del Espíritu Santo, el Cristo interno, el título también se puede entender desde el punto de vista del ego, que nos dice que elegimos la compleción al unirnos con otra persona, nuestro yo fragmentado y aparentemente unido se convierte en una totalidad. Empezamos, sin embargo, por distinguir entre las dos formas de especialismo: amor especial y odio especial. Esta es una distinción algo arbitraria porque en realidad son lo mismo, aunque sus medios de presentación son bastante diferentes.

La relación de odio especial se centra en aquellos a quienes nos gusta odiar, las personas a las que directamente les proyectamos nuestra culpa. Esto subyace a la siguiente declaración del libro de ejercicios: "Cuando te sientas

tentado de acusar a alguien de algún pecado, no permitas que tu mente se detenga a pensar en lo que esa persona hizo, pues eso es engañarse uno a sí mismo. Pregúntate, en cambio: "¿Me acusaría a mí mismo de eso?" (Lpl.134.9:2-3). Lo que ataco en ti y etiqueto como maligno, perverso y pecaminoso, no es más que una proyección de lo que primero he etiquetado como malvado, perverso y pecaminoso en mí mismo. Fabricamos un mundo de cuerpos para que tuviéramos objetos sobre los que podríamos proyectar la culpa de nuestra mente – aquellos a los que criticamos y odiamos.

De hecho, todas las relaciones entran en esta categoría porque intentan excluir la culpa y ponerla en otro lugar, cumpliendo el propósito del ego de mantener la Filiación separada y al recuerdo de Dios y Su único Hijo fuera de la conciencia. Si bien la relación de amor especial es simplemente una variación de eso, es particularmente letal como defensa contra nuestra salvación porque parece ser el amor que no es. La base del amor especial es que algo nos falta, y mediante la proyección creemos que lo que falta es la inocencia que otros nos han robado y de la que nos han privado. La queremos de vuelta, y esta es la necesidad que solo estos otros pueden cumplir, y cuando lo hacen, los amamos por la atención, la devoción y preocupación que exhiben, como cuando un profesor nos da una calificación alta, un jefe muestra su aprobación promoviéndonos, un médico proporciona un alivio físico cuando estamos enfermos. El amor especial, entonces, no necesariamente tiene que tomar formas románticas o sexuales, aunque estas se encuentran entre las más poderosas versiones de estas relaciones insidiosas.

No hace falta decir que, al mismo tiempo que jugamos el juego del especialismo con otros, ellos lo están jugando con nosotros. La versión del ego del matrimonio hecho en el cielo consiste en satisfacer las necesidades de los demás. Todavía subyacente a este amor dependiente está el odio, porque el ego nos dice que la razón por la que otros han codiciado este atributo especial y nosotros no, la razón por la que carecemos de él y otros lo poseen, es que nos lo quitaron. Nos molesta amargamente tener que negociar para recuperar lo que creemos que nos fue robado, pagando por algo que es legítimamente nuestro. Es imposible estar en el mundo sin tener estos tratos en las relaciones especiales. De hecho, hemos nacido bajo el signo del especialismo, siendo totalmente dependientes de nuestros padres. Cuando recibimos alimentos, calidez y atención, sonreímos y arrullamos, amando a quienes nos atienden. Por supuesto que les encanta cuando lo hacemos, lo que hace que nuestros padres dependan tanto de nosotros como nosotros de ellos. Esta es la primera relación especial con el mundo, y solo empeora. Aprendemos muy rápidamente cómo dominar la dinámica de satisfacer nuestras necesidades mediante la manipulación y la seducción. Detrás de esto, nuevamente, está el odio que dice que tenemos que entrar en estos tratos en primer lugar, sacrificando y pagando a otros por lo que necesitamos, porque el mundo nos ha privado injustamente de nuestra felicidad. Aquí, ahora, hay algunos pasajes que elaboran esta dinámica cruelmente loca:

(V.1:1) Cuando se examina la relación especial, es necesario antes que

nada, darse cuenta de que comporta mucho dolor.

Jesús quiere que veamos el dolor que está involucrado en nuestras relaciones especiales: el dolor de nuestra culpa, nuestro ataque proyectado,

y la culpa reforzada por usar a otros para satisfacer nuestras necesidades.

Más allá de esto está el dolor que proviene de la resistencia a mirar la culpa

y el amor que están justo debajo de nuestro especialismo, en la mente que

se dividió entre el ego y el Espíritu Santo. Siempre estamos felices de ver lo

que hacemos con otros, porque creemos que es en defensa propia, en respuesta a lo que nuestras percepciones distorsionadas nos dicen que nos

fue hecho a nosotros. Pero no queremos mirar más a fondo, hacia la mente

tomadora de decisiones que nuestras relaciones especiales con los cuerpos

protegen.

(V.1:2-4) Tanto la ansiedad como la desesperación, la culpabilidad y el ataque están presentes, intercalados con períodos en que parecen haber

desaparecido. Es esencial que todos estos estados se vean tal como realmente son. Sea cual fuere la forma en que se manifiesten, son siempre un ataque contra el ser para que el otro se sienta culpable.

Los respiros de "la ansiedad, la desesperación, la culpa y el ataque" son

esos fugaces momentos de emoción, amor y felicidad cuando presumiblemente se satisfacen nuestras necesidades y creemos que todo es

maravilloso. Esto constituye un "ataque contra el ser" porque es nuestra

forma de decir que no somos niños de Dios sino del ego, y necesitamos el

mundo de los cuerpos para hacernos felices. Esto, sin embargo, simplemente refuerza la culpa, al convertirnos en criaturas de escasez y

carencia, y luego castigarnos a nosotros mismos para que alguien más se

sienta culpable. Todos estamos dolorosamente familiarizados con esta respuesta típica cuando la luna de miel de la relación de amor especial termina: "¿Qué te pasó? Solías ser tan cariñoso, dulce, devoto y amable, y ahora te has olvidado por completo de mí. Te has vuelto irreflexivamente desatento a mis necesidades y a hacerme sentir amada de la manera en que necesito que me ames". Una vez más, el propósito de nuestro sufrir, sentirnos no amados y tratados injustamente, es hacer que otros se sientan culpables para que el pecado de traicionar el amor descansa en ellos y no en nosotros.

(V.1:5-2:1) He hablado de esto con anterioridad, pero hay algunos aspectos de lo que realmente se está intentando que aún no hemos examinado.

Dicho llanamente, el intento de que otro se sienta culpable va siempre dirigido contra Dios.

Podemos observar la rapidez con que Jesús pasa de nuestras relaciones

especiales con los demás (cuerpo) a la relación especial con Dios (mente),

un hecho familiar en su sinfonía. El tiempo lineal es una ilusión, un truco de

magia diseñado para convencernos de que algo está sucediendo entre los

cuerpos - ahora - cuando en realidad solo está sucediendo en nuestras mentes no lineales y atemporales. Este ontológico especialismo se repite

una y otra vez a lo largo del tiempo, expresado en nuestras relaciones cotidianas, hasta que la mente decida que ya no quiere esto como su identidad. Al elegir contra el ego aquí, donde pensamos que estamos, reflejamos la decisión de la mente de liberarse de la prisión de su relación

especial con Dios.

(V.2:2) Pues el ego quiere que creas que Dios, y sólo Él, es culpable, lo cual deja a la Filiación vulnerable al ataque y sin ninguna protección contra él.

Queremos que Dios se sienta culpable porque Él es Aquel que nos rechazó,
el Padre sin amor que nos echó fuera del Paraíso y exigió sacrificio como
castigo por nuestra separación, dejándonos vulnerables a Sus caprichosos y
vengativos antojos. Toda esta locura es el débil intento del ego de negar lo
que hay en nuestras mentes: el sueño en el que somos nosotros los que
traicionamos y abandonamos al Creador, y merecemos el castigo de ser
excluidos de Su Reino, incluso mientras nos esforzamos por proyectar nuestra culpa y probar que esto no es así.
(V.2:3-4) La relación de amor especial es el arma principal del ego para impedir que llegues al Cielo. No parece ser un arma, pero si examinas
cuánto la valoras y por qué, te darías cuenta de que lo es.
Esta es la razón por la que Jesús pasa tanto tiempo describiendo la relación
especial. Una vez que nos damos cuenta de su locura y cuán locos estamos
al valorarla, podemos hacer la elección cuerda por el Cielo. Viendo como
apreciamos mucho nuestras identidades especiales, aferrándonos al dolor
que nos traen por su ataque a Dios, estaremos motivados a elegir de manera
diferente. Apropriadamente, la sección final de la gran sinfonía del Curso
que es el texto se titula "Elige de nuevo".
(V.3:1-2) La relación de amor especial es el regalo más ostentoso del ego
y el que mayor atractivo tiene para aquellos que no están dispuestos a renunciar a la culpabilidad. Aquí es donde más clara-mente se puede ver la "dinámica" del ego...
No estamos dispuestos a dejar ir la culpa de la mente. En lugar de decidir en
su contra, negamos su presencia en nosotros mismos y la proyectamos en

los demás, protegiendo nuestro yo separado de la Expiación del Espíritu Santo. Al hacerlo, nunca vemos el problema donde está (en la mente) sino solo donde no está (en el cuerpo). Además, debido a la ilusión de amor y felicidad fomentada por la relación de amor especial, ni siquiera sabemos que tenemos un problema. Esta, no hace falta decirlo, es la defensa más eficaz de todas. Sin saber que hay un problema, naturalmente no hay motivación para encontrar una solución, asegurando que la decisión de la mente por la culpa – el problema – nunca se corrija ni se deshaga. Por cierto, la palabra dinámica se pone entre comillas para acentuar el hecho, como hemos visto antes, que el ego inherentemente inexistente, no tiene fuerza ni poder.

(V.3:4-6) Nadie considera raro amar y odiar al mismo tiempo, y aun los que creen que odiar es un pecado, simplemente se sienten culpables por ello, pero no hacen nada por corregirlo. Esto es lo que es “normal” en la separación, y aquellos que aprenden que no es normal en absoluto, parecen ser los que no son normales. Pues este mundo es lo opuesto al Cielo, al haber sido concebido para ser su opuesto, y todas las cosas aquí son exactamente lo opuesto a la verdad.

Es natural en el mundo de relaciones especiales del ego amar y odiar simultáneamente; amamos cuando nuestras necesidades están satisfechas y odiamos cuando no lo están. Incluso cuando pensamos que amamos, el odio está presente porque nuestros egos nos informan que aquellos a quienes amamos son indignos, ya que fue su pecado el que estableció nuestra necesidad de personas especiales y nos obligó a caer en la perversidad de la relación impía. Esta necesidad llevó a la creación del cuerpo, porque la culpa de la mente exige que haya un receptor para sus proyecciones. Lo que

es más, la culpa y sus proyecciones excluyen cualquier sentido genuino de unión, ya que presuponen las diferencias dualistas en las que prospera el ego. Ya que nuestra propia existencia como seres diferenciados depende de ello, el odio es natural para nosotros (como el amor es antinatural) – de hecho, lo apreciamos, porque la separación significa ataque y al atacar, se asegura la supervivencia de nuestro yo especial.

También encontramos en el pasaje anterior un tema recurrente de nuestra sinfonía. El mundo ilusorio que se fabricó para ser el opuesto del Cielo: el Cielo, un estado de perfecto Amor y Unidad, el mundo un lugar de amor especial y fragmentación.

(V.3:7-8) En el Cielo, donde el significado del amor se conoce perfectamente, el amor es lo mismo que la unión. Aquí, donde en lugar del amor se acepta la ilusión de amor, el amor se percibe como separación y exclusión.

El sello distintivo de la relación especial es que sus cuerpos separados excluyen. Te amo a ti significa que nosotros somos seres separados y distintos. Además, como aparentemente eres mejor que los demás, te amo

más que a nadie. Creerse especial siempre conlleva hacer comparaciones

(T-24.II.1:2), mientras que el amor no hace comparaciones (L-pl.195.4:2).

La existencia del ego, de hecho, comenzó con la comparación original, en la

que el Hijo le dijo a su Padre: "Quiero más de lo que me diste, ya que amo

al yo separado del ego más que a Tu único Ser". Apreciamos la individualidad y la singularidad que la perfecta Unidad de Dios no puede

reconocer porque ellas no existen, continuamente recurrimos al ego, lo que

garantiza su continua supervivencia. En el mundo fenoménico del tiempo y

el espacio revivimos la ontología de la comparación del ego, diciendo con

Hamlet, "Aquí el metal es más atractivo"; hay algo mejor aquí que allí.

Al

ver claramente las alternativas reales, amor y unión versus

especialismo y

separación, es cómo sabemos que el amor del ego no es del Cielo. Esto nos

permite tomar la única decisión significativa posible: elegir entre la verdad

y la ilusión.

(V.4:1-3) En la relación especial – nacida del deseo oculto de que Dios nos ame con un amor especial – es donde triunfa el odio del ego. Pues la

relación especial es la renuncia al amor de Dios y el intento de asegurar

para uno mismo la condición de ser especial que Él nos negó. Es esencial para la supervivencia del ego que tú creas que el especialismo no es el infierno, sino el Cielo.

El Cielo del ego es cuando se satisfacen nuestras necesidades especiales, ya

que es un sentimiento maravilloso cuando obtenemos lo que queremos. Si

somos alcohólicos, el Cielo es otra bebida; si somos adictos a la comida,

nada es tan satisfactorio como llenar nuestros estómagos; si estamos solos,

el verdadero reino es tener un cuerpo cálido a nuestro lado. Si el ego va a

sobrevivir, es obligatorio que vivamos bajo sus leyes de especialismo, sin

darnos cuenta nunca del infernal precio que pagamos para que este yo especial, impulsado por las necesidades, quede satisfecho. El especialismo

es el infierno porque está arraigado en la creencia de que nuestro odio ha

triunfado sobre Dios, ganando para nosotros esa cosa especial, nuestra existencia individual, que Su Unidad nos negó. Al exaltar a este yo separado, nos condenamos a la existencia infernal de la vida fuera del Cielo.

(V.4:4) Pues el ego jamás querría que viese que lo único que la separación conlleva son pérdidas, al ser la única condición en la que el Cielo no puede existir.

El ego proporciona el amor especial que Dios nos negó porque Él no puede dar lo que no es real. La Unidad no reconoce la separación, y no puede vernos porque no hay nada fuera de Sí Misma para ver. A esto le sigue, entonces, que el yo separado debe odiar a Dios, y al decidírnos por el ego y su promesa de especialismo nos mofamos en Su rostro, exclamando que lo que Él no nos dio lo recibimos de esta persona, sustancia o cosa especial.

Estos, no Su Amor, nos hacen sentir completos y plenos, e inevitablemente exacerban nuestra culpa por el pensamiento original de separación de ataque y pérdida cuando sustituimos con el ser al Ser, con la ilusión a la verdad, con el ego a Dios.

(V.5) Para todo el mundo el Cielo es la compleción. En esto no puede haber desacuerdo porque tanto el ego como el Espíritu Santo lo aceptan. Están, no obstante, en completo desacuerdo con respecto a lo que es la compleción y a cómo se alcanza. El Espíritu Santo sabe que la compleción reside en primer lugar en la unión, y luego en la extensión de ésta. Para el ego, la compleción reside en el triunfo, y en la extensión de la “victoria” incluso hasta el triunfo definitivo sobre Dios. El ego cree que con esto el ser se libera finalmente, pues entonces no quedaría

nada que pudiese ser un obstáculo para él. Ésa es su idea del Cielo. Para el ego, pues, la unión – la condición en la que él no puede interferir – tiene que ser el infierno.

Hemos visto que hay dos versiones de la compleción. El ego enseña que la carencia es real, y solo al “unirnos” con otro a través del canibalismo, llenándonos de lo que tomamos de otro (el término psicológico es introyección) podemos suplir lo que falta y completarnos a nosotros

mismos, borrando todo recuerdo de la Fuente de nuestro Ser. El Espíritu Santo, por otro lado, nos conoce como completos, y enseña que, al extender esta compleción a otros, el feliz resultado del perdón, aprendemos que estamos completos dentro de nosotros mismos. Para el ego loco, esto es el infierno, para la unidad o su reflejo, significa el final de su reinado que comenzó con la creencia de que había triunfado sobre la viviente y amorosa Unidad de Dios al separarse de Él. Esta locura dejó solo al ego para que el Hijo lo adorara, junto con sus dioses de especialismo que constituyen su versión distorsionada del Cielo.

(V.6:1-2) La relación especial es un mecanismo extraño y antinatural del ego para unir Cielo e infierno, e impedir que se pueda distinguir entre uno y otro. Tratar de encontrar lo que supuestamente es lo "mejor" de los dos mundos, simplemente ha dado lugar a que se tengan fantasías de ambos y a que sea imposible percibir a ninguno de ellos tal como realmente es.

El ego dice que podemos encontrar el Cielo en la tierra en el amor que existe entre cuerpos separados. Sin embargo, en realidad no podemos integrar verdad e ilusión. En nuestras fantasías, sin embargo, nos unimos a ellas distorsionando a ambas: haciendo de la unidad y el amor del Cielo una fantasía, y de la separación y el especialismo de la ilusión la realidad. De esta manera creemos realmente que el amor puede ser entre dos personas, una "unión" que glorifica el mundo irreal de odio del ego como un tesoro codiciado, relegando el mundo de la Totalidad del Cielo al reino no deseado de lo ilusorio.

(V.6:3-4) La relación especial es el triunfo de esta confusión. Es un tipo de unión en que la unión está excluida, pues la exclusión es la base de

dicho intento de unión.

Me uno a ti, mi gran amor, e implícito en esta “unión” de necesidades especiales está la destitución de todas las personas no-especiales.

Aunque la

relación especial es el "triunfo de [la] confusión", el cumplimiento de las

demandas de nuestro especialismo se siente tan bien, el placer es tan profundo, los sentimientos son casi sagrados, que nos adormece en un falso

sentido de espiritualidad y paz. Sin embargo, todo el tiempo, la verdadera

unión – en la que hay no hay comparación, sustitución o rechazo – en la que

los Hijos de Dios se unen como uno, nunca se busca, porque creemos que

ya hemos encontrado lo que queremos y necesitamos.

(V.6:5) ¿Qué mejor ejemplo que esto puede haber de la máxima del ego: “Busca, pero no halles”?

Recuerda este tema importante: el ego nos hace buscar el amor, la plenitud

y la felicidad en el mundo, donde nunca se pueden encontrar porque no hay

nada fuera de la Mentalidad-Uno de Dios, Cuyo recuerdo se encuentra únicamente en la mente correcta. Para decir esto de otra manera, ¿cómo

podemos encontrar el amor que buscamos, entrando en una relación especial tras otra, practicando la exclusividad – una variante de su principio

de uno u otro – que es una de las principales características del ego, en vez

de abrazar la total-inclusividad del perdón del Espíritu Santo?

(V.7:1-3) Lo más curioso de todo es el concepto de yo que el ego fomenta en las relaciones especiales. Este “yo” busca relaciones para completarse a sí mismo. Pero cuando encuentra la relación especial en la que piensa que puede lograrlo, se entrega a sí mismo, y trata de “intercambiarse” por el yo del otro.

Me devalúo a mí mismo, diciendo que hay algo muy mal en mí y necesito

que me digas cuán maravilloso soy, porque eso me hará creer que realmente

lo soy. La desventaja es que creo que no me darás esta aprobación a menos que yo la pague. Por tanto, mi yo, que ya he rechazado, se pone en una atractiva caja y te ofrece: "Si me das lo que necesito, esto es lo que recibirás a cambio". Este intercambio de ilusiones es una característica esencial de la relación especial. Para conseguir lo que quiero de los demás, para sentirme completo y pleno, pago con un yo que ya he juzgado como inútil. Nunca digo esto, por supuesto, porque insisto en que mis víctimas de amor especial están recibiendo un gran trato: a mí. Lo más fascinante de todo es el hecho de que nuestros socios en el especialismo están haciendo exactamente lo mismo con nosotros: (V.7:4-7) Eso no es unión, pues con ello no hay aumento o extensión. Cada uno de ellos trata de sacrificar el yo que no desea a cambio de uno que cree que prefiere. Y se siente culpable por el "pecado" de apropiarse de algo y de no dar nada valioso a cambio. ¿Qué valor le puede adjudicar a un yo del que quiere deshacerse para obtener otro "mejor"?

Jesús levanta el velo de especialismo del ego para exponer su pozo negro de juicio y odio, el principio de uno u otro que es la base del mundo. Como hemos visto repetidamente, el mirar la locura del ego impulsada por la culpa, nos permite ir más allá de ella hacia la verdad. Además, necesitamos ver qué es la dinámica de robar a los demás el amor que nosotros, en nuestro pensamiento delirante, creemos que nos pertenece sólo a nosotros. Miramos sin horror ni juicio, diciendo: "Esto es lo que estoy haciendo; de hecho, es lo que todos hacemos, y ahora puedo elegir de otra manera". Hemos recordado con alegría la lección del libro de ejercicios que dice: "Podría ver paz en lugar de esto" (L-pl.34). Cuando reconocemos claramente que nuestra elección ha sido por la protección del sistema de

pensamiento de carencia, culpa y robo del ego, reforzando así nuestra propia imagen miserable de nosotros mismos, podemos optar por compartir

nuestra grandeza en lugar de nuestra pequeñez, la grandeza de Cristo y no

la grandiosidad del ego, el amor del Cielo en lugar del odio del mundo. (V.8:1-3) Ese otro yo "mejor" que el ego busca es siempre uno que es más especial. Y quienquiera que parezca poseer un yo especial es "amado" por lo que se puede sacar de él. Cuando ambos miembros de la relación especial ven en el otro ese yo especial, el ego ve "una unión bendecida en el Cielo".

Creemos que el yo inocente y especial que tomamos de otro para llenar lo

que nos falta fue originalmente nuestro. En consecuencia, nos molesta tener

que renunciar a algo para recuperar lo que es legítimamente nuestro. Incluso cuando el juego del especialismo parece funcionar, la relación se ve

como celestial y nuestro socio especial muy increíblemente adorable, aunque el odio que preserva nuestra culpa y miedo se cierne dentro, amenazando en cualquier momento con romper y destruir al pecador: (V.8:4-5) Pues ni uno ni otro reconocerá que ha pedido el infierno, y, por lo tanto, no interferirá en la ilusión que el ego tiene del Cielo, y que le ofrece para que suponga un obstáculo para éste. Pero si el contenido de todas las ilusiones es el miedo, y sólo el miedo, la ilusión del Cielo no

es más que una forma "atractiva" de miedo en la que la culpabilidad está profundamente soterrada y se manifiesta en forma de "amor".

De ahí el propósito del amor especial: ocultar el odio ilusorio, y más allá, a

la culpa ilusoria. Nosotros no somos conscientes de que hemos pedido el

infierno y lo hemos recibido, viviendo bajo la ilusión de que nuestro especialismo refleja el amor del Cielo, el cual permanece enterrado como

un recuerdo en nuestra mente correcta, esperando pacientemente nuestra

decisión por él. Es nuestro miedo, nacido de los enterrados "pecados secretos y odios ocultos" (T-31.VIII.9:2), lo que nos motiva a que vivamos

en el mundo ilusorio del especialismo. La atracción del amor especial (y en realidad del odio también) nos lleva a creer que éste es el Cielo, lo cual radica en su capacidad de disimular el miedo a perder nuestra identidad individual. Ese deseo de preservar el yo ego, la base de todos los tratos que componen el loco mundo de relaciones del ego, nos mantiene dormidos y soñando con el cielo del ego, lo que nos impide despertar para siempre al Cielo del Amor de Dios.

(V.9) El atractivo del infierno reside únicamente en la terrible atracción de la culpabilidad, que el ego ofrece a los que depositan su fe en la pequeñez. La convicción de pequeñez se encuentra en toda relación especial, ya que sólo los que se consideran a sí mismos necesitados podrían valorar el especialismo. Exigir que se te considere especial, y la

creencia de que hacer que otro se sienta especial es un acto de amor, hace del amor algo odioso. El verdadero propósito de la relación especial – en estricta conformidad con los objetivos del ego – es destruir

la realidad y sustituirla por ilusiones. Pues el ego en sí es una ilusión, y sólo las ilusiones pueden dar testimonio de su “realidad”.

Este es un poderoso resumen del propósito del ego para la relación especial.

La atracción de la culpa radica en su testimonio del triunfo de la separación

sobre la unidad, de la pequeñez sobre la grandeza. El especialismo se basa

en la creencia en nuestra pequeñez inherente que nos impulsa a suplir la

carencia interior que es el hogar del ego, brindándonos la motivación para

apoderarnos de la inocencia de la que otros nos han privado. El sistema de

pensamiento de las ilusiones del ego está alimentado por el odio, el cual es

generado continuamente por la culpa de la mente y las ilusiones

proyectadas de que otros nos han atacado al robar el amor que era originalmente nuestro.

(V.10:1) Si percibieses la relación especial como un triunfo sobre Dios, ¿la desearías?

Jesús vuelve al meollo del problema. Cuando satisfacemos nuestras necesidades especiales y fantaseamos con nuestra negociación exitosa, en

cualquier momento podemos dar un paso atrás y darnos cuenta:

"Estoy

tratando de derrotar a Dios nuevamente y quitarle lo que creo que es mío. El

hecho de que me robó mi yo individual y que me destruiría justifica que lo

recupere". Una y otra vez re-creamos esta locura en nuestras relaciones

especiales, buscando probar que Dios está muerto en virtud de nuestra existencia separada. Robando a los demás a través de la negociación del ego

de dar para obtener, revivimos el robo original a Dios y preservamos nuestra identidad especial que nace de la creencia en la realidad del pecado,

la culpa y el miedo. Al exponer esta viciosa locura, Jesús nos ayuda a ver la

luz detrás de la oscuridad, lo que nos permite responder a la pregunta anterior de una vez por todas: "No, ya no quiero que mis ilusiones triunfen

sobre la verdad de Dios".

(V.10:2-5) No pensemos en su naturaleza aterrante, ni en la culpabilidad que necesariamente conlleva, ni en la tristeza, ni en la soledad. Pues esos no son sino atributos de la doctrina de la separación,

y de todo el contexto en que se cree que ésta tiene lugar. El tema central

de su letanía al sacrificio es que para que tú puedas vivir Dios tiene que

morir. Y ése es el tema que se exterioriza en la relación especial.

Este es el motivo recurrente de uno u otro, el fundamento de nuestra vida

terrenal. Cada vez que inhalamos el oxígeno que necesitamos para la supervivencia de nuestro cuerpo, por ejemplo, reflejamos este tema

destruyendo miles de microorganismos. Cada vez que damos un paso, construimos una casa o conducimos un automóvil, estamos poniendo fin a

la "vida" de otro, pero no nos importa, ya que nuestras necesidades son lo

primero. Esto no significa que debemos sentirnos culpables cuando respiramos, caminamos o nos ponemos al volante, pero debemos ser conscientes de que el sistema de pensamiento de separación del ego se basa

en este principio de uno u otro, el cual continuamente actuamos como cuerpos que viven en el mundo material. De la creencia en el aparente pecado del Hijo contra Dios, surgió el sistema de pensamiento del ego de la

culpa, el miedo y el sufrimiento, el cual nuestros aparentes pecados contra

nosotros mismos preservan.

(V.10:6-11:2) Mediante la muerte de tu yo, crees poder atacar al yo de otro, arrebatárselo, y así reemplazar al yo que detestas. Y lo detestas porque piensas que no te ofrece la clase de especialismo que tú exiges. Y

al odiarlo lo conviertes en algo ínfimo e indigno porque tienes miedo de él.

¿Cómo podrías conferirle poder ilimitado a lo que crees haber atacado? La verdad se ha vuelto tan temible para ti, que a menos que sea débil, insignificante e inmerecedora de que se le otorgue valor, no te atreverás a mirarla de frente.

Nos odiamos a nosotros mismos por la culpa sobre lo que creemos que le

hicimos a Dios y a Su Hijo. Separados de la grandeza que tememos, estamos condenados a una pequeñez que despreciamos. El ego no nos ofrece nada excepto las ilusiones del amor y los delirios de grandiosidad

que sabemos en lo profundo de nosotros que son indignos sustitutos de la

verdadera grandeza del Hijo de Dios, el Cristo Que es nuestro Ser. Y entonces vivimos con la "verdad" de la debilidad del ego, en su mundo especial de pecado, culpa y miedo, al que nos atrae como defensa contra la

gloriosa fuerza de nuestra realidad libre de pecado.

(V.11:3-8) Piensas que estás más a salvo dotando al pequeño yo que inventaste con el poder que le arrebataste a la verdad al vencerla y dejarla indefensa. Observa la precisión con que se ejecuta este rito en la

relación especial. Se erige un altar entre dos personas separadas, en el que cada uno intenta matar a su yo e instaurar en su cuerpo otro yo que deriva su poder de la muerte de otro. Este rito se repite una y otra vez. Y nunca se completa, ni se completará jamás. El rito de compleción no puede completar, pues la vida no procede de la muerte, ni el Cielo del infierno.

Estos pasajes están expresados deliberadamente en términos religiosos

como una forma de resaltar el fundamento egoico sobre el que descansa el

Cristianismo. Palabras como letanía, ritual, altar, sacrificio y religión señalan al objeto específico de la discusión de Jesús. Está directamente implícita la devoción Católica a la Eucaristía, donde el cuerpo y la sangre

de Jesús se sacrifican diariamente sobre el altar. Los fieles comen la carne

del salvador y beben su sangre, extrayendo vida de su muerte. Sin embargo,

en última instancia, este es un triunfo sobre Dios y Su Vida, no una unión

con Él o con Su Hijo.

La prevalencia de estas ideas caníbales en tantas religiones refleja la creencia fundamental del ego, hecha realidad por la decisión de la mente, de

que algo nos falta y obteniendo lo que nos falta de otro, en este caso Jesús,

seremos completos y plenos. Siguiendo el principio del ego de uno u otro,

alguien debe ser sacrificado para que podamos vivir. Esta loca creencia religiosa es simplemente una expresión del sistema de pensamiento del ego

que se proyecta en el mundo personal de nuestras relaciones. Su brutal

distorsión de la verdad se ve a diario en las sombrías figuras de amor y odio

especial en el que buscamos en los demás y luego nos apoderamos de la inocencia (“esa perla de inestimable valor” [T-23.II.11:2]) que creemos que nos han robado. Como deja en claro el pasaje anterior, lo que estoy haciendo contigo, tú lo estás haciendo conmigo. Cuando ambos creemos que nos hemos matado con éxito y luego unos a otros, erigiendo falsos yoes para idolatrar y adorar, hemos logrado la mencionada “unión bendecida en el Cielo”.

Y, sin embargo, esto no es una unión, porque nunca podemos ser completados por otro, incluso si el otro es Jesús mismo. La única compleción verdadera viene cuando elegimos la mentalidad-correcta aceptando la compleción de Dios que ya está dentro de nosotros.

Como vemos repetidamente, el perdón de nuestras relaciones especiales es el

medio que Un Curso de Milagros emplea para devolver nuestra atención a

la mente tomadora de decisiones para que pueda elegir de nuevo, decidir

por la vida en lugar de la muerte "viviente" del ego.

Jesús ahora nos ayuda a comprender por qué la relación especial funciona

tan bien como defensa, y por qué es tan difícil de comprenderla:

(V.12:1-2) Cada vez que alguna forma de relación especial te tienta a buscar amor en ritos, recuerda que el amor no es forma sino contenido.

La relación especial es un rito de formas, cuyo propósito es exaltar la forma para que ocupe el lugar de Dios a expensas del contenido.

Jesús habla aquí de religión institucionalizada, similar a lo que dice en el

folleto de Psicoterapia: “La religión institucionalizada no ocupa ningún lugar en la psicoterapia, pero tampoco tiene un auténtico lugar en la religión” (P-2.II.2:1). En este contexto, la verdadera religión es el contenido

del Amor de Dios, la Presencia resplandeciente que Jesús reflejó cuando

apareció en la tierra. Sin embargo, una vez que él fue hecho para ser un cuerpo, y su mensaje fue distorsionado en un sistema ritualizado de mandamientos, dogmas y principios de fe, el contenido del amor se perdió, y continúa perdido. Ya sea como Cristianos tradicionales o como estudiantes de Un Curso de Milagros, rápidamente terminamos adorando la forma – el hombre, el libro – usando el cuerpo como algo especial para completar nuestro yo pecaminoso e incompleto. Es inevitable que, al creer en las formas del amor, perdamos de vista su contenido. La relación especial, a fuerza de desplazar nuestra atención de la mente al cuerpo, es la defensa del ego por excelencia contra el amor, porque hace que su presencia en la mente sea prácticamente inaccesible. Como hemos observado muchas veces, ¿cómo podemos elegir recordar el amor cuando no tenemos recuerdo de la mente que es el único agente de elección? (V.12:3-4) La forma no tiene ningún significado ni jamás lo tendrá. La relación especial debe reco-nocerse por lo que es: un rito absurdo en el que se extrae fuerza de la muerte de Dios y se transfiere a Su asesino como prueba de que la forma ha triunfado sobre el contenido y de que el amor ha perdido su significado. En el momento de la locura cuando creímos que nos habíamos separado de Dios, tomamos Su poder para crear, creyendo que realmente podríamos robarlo y hacerlo nuestro. Luego creamos falsamente – un yo separado, un sistema de pensamiento para apoyarlo, y un mundo de cuerpos para protegerlo – y repetida-mente re-creamos este loco error en nuestras relaciones especiales a lo largo de una extensión de tiempo casi ilimitada. Es instructivo notar que, por un lado, Jesús se refiere a los extraños rituales

de las religiones, y por el otro, a los extraños rituales de nuestras relaciones especiales en las que buscamos negar la integridad del amor exigiendo cosas de otros, elevando la forma sobre el contenido. La yuxtaposición de estos dos ilumina el hecho de que los mismos son uno, porque el odio es uno: muchas formas, un contenido.

El propósito de Jesús al exponer nuestras relaciones especiales por lo que son, una vez más, no es hacernos sentir culpables al vernos actuar en una miríada de formas, sino más bien darnos cuenta de que eso es simplemente

lo que hacemos, como individuos y como grupos. Debido a que el sistema de pensamiento del ego dio origen al mundo, no es de extrañar que este

lugar "árido y polvoriento" (L-pll.13.5:1) esté lleno del odio de su sistema

de pensamiento subyacente – las ideas no abandonan su fuente; parafraseando uno de los poemas de Helen, "Dentro y fuera por igual" (The

Gifts of God, p. 73 [Los Regalos de Dios, p. 73]). Al ver verdaderamente el

ego en toda su gloria llena de odio, en contenido y forma, finalmente podemos elegir contra él.

(V.12:5-13:1) ¿Desearías que esto fuese posible, aparte de que es evidente de que no lo es? De ser posible, te habrías convertido a ti mismo en un ser indefenso. Dios no está enfadado. Simplemente no pudo permitir que eso ocurriese. Y tú no puedes hacer que Él cambie de parecer al respecto. Ningún rito que hayas inventado en el que la danza de la muerte te deleita puede causar la muerte de lo eterno, ni aquello que has elegido para substituir a la Plenitud de Dios puede ejercer influencia alguna sobre ella.

No veas en la relación especial más que el intento absurdo de querer anteponer otros dioses a Él, y de, al adorarlos, encubrir su pequeñez y la grandeza de Dios.

Recuerda el Capítulo 10, donde Jesús construyó su movimiento en torno al

Mandamiento: "No debes anteponer otros dioses a Él". El ego - nuestro pequeño yo separado - cree que puede construir ídolos para tomar el lugar

del Dios verdadero, y la mente tomadora de decisiones definitivamente quiere que esto sea posible. Sin embargo, el principio de Expiación nos recuerda que no sucedió nada que pueda cambiar la Mente de Dios, ya que

seguimos siendo el eterno Ser que Él creó uno con Él. La muerte, incluida

la de Jesús, es una ilusión, un hecho que invalida el sistema de pensamiento

del ego y lo disuelve en su propia nada. La Plenitud de Dios no puede dejar

de ser Ella Misma, y los sueños ritualistas de ídolos separados y fragmentados no tienen efecto sobre la gloriosa verdad y la grandeza de nuestra realidad.

(V.13:2-3) En nombre de tu propia compleción no desees esto. Pues cualquier ídolo que antepongas a Él se antepone a ti y usurpa el lugar de lo que verdaderamente eres.

El especialismo hace que estos ídolos (cuerpos) nos oculten la culpa de la

mente, detrás de la cual está el pensamiento de Expiación recordándonos el

Ser que no ha cambiado por nuestros sueños de amor y odio especial. Como

siempre en su amoroso retrato sinfónico de nuestro camino, Jesús nos invita

a elegir felicidad en lugar de miseria, al verdadero Dios en lugar de ídolos,

a nuestro majestuoso Ser en lugar de los sustitutos atados al pecado del

especialismo del ego. En cada una de estas apelaciones escuchamos el evidente llamado para regresar a casa, como leemos del libro de ejercicios

en palabras tomadas del salmista:

¿Hasta cuándo, Hijo de Dios, vas a seguir jugando el juego del pecado? ¿No es hora ya de abandonar esos juegos peligrosos?

¿Cuándo vas a estar listo para regresar a tu hogar? ¿Hoy quizá? El pecado no existe. La creación no ha cambiado. ¿Deseas aún seguir

demorando tu regreso al Cielo? ¿Hasta cuándo, santo Hijo de Dios, vas a seguir demorándote, hasta cuándo? (L-pII.4.5)

(VI.4) La relación especial no significa nada sin un cuerpo. Si le atribuyes valor a la relación especial, tienes que atribuírselo también al cuerpo. Y no podrás sino conservar aquello a lo que atribuyas valor. La relación especial es un recurso para limitar tu Ser a un cuerpo, y para limitar la percepción que tienes de los demás a los suyos. Si pudieses ver los Grandes Rayos, éstos te demostrarían que la relación especial no tiene absolutamente ningún valor. Pues al verlos, el cuerpo desaparecería, ya que perdería su valor. Y de este modo, perderías todo tu interés en verlo.

Así como el ego protege la culpa al proyectarla en el mundo, también protege la relación especial del Hijo con él, proyectándola en el cuerpo – el

nuestro y el de los demás. Entonces, inevitablemente, valoramos el cuerpo

ya que su propósito de preservar nuestro yo especial, nos distrae del verdadero problema de la mente tomadora de decisiones que ha unido fuerzas con el ego. Volviendo a ese punto de elección a través del milagro,

veríamos la chispa que es el reflejo de la mentalidad-correcta de los Grandes Rayos antes mencionados, la luz de Cristo que es nuestro verdadero Ser. Así, la visión de Cristo tomaría el lugar de la visión del ego

mientras nosotros percibimos la igualdad universal del Hijo de Dios.

Nuestra experiencia momento-a-momento, entonces, siempre se reduce a la

simple pregunta: ¿qué valoramos? ¿Hemos invertido en despertar o en permanecer dormidos, en vivir en la oscuridad de la culpa o en la luz del

perdón? La respuesta a esta pregunta determina nuestra percepción; y, de

hecho, el sentido mismo de nuestra vida. En este sentido el principio de uno

u otro se convierte en una invitación a la salvación: Dios o el ego.

El siguiente pasaje habla específicamente del uso que hace el ego del pasado. En su mitología acerca del origen del mundo, el ego enseña que

hemos pecado contra Dios en el pasado, que nos sentimos culpables en el presente y que estamos aterrorizados ante el inexorable destino de nuestro castigo futuro. Ya hemos visto como la proyección del pecado, la culpa y el miedo dieron lugar al mundo del espacio y del tiempo lineal: pasado, presente y futuro. El ego nos aconseja que digamos: "Soy un pecador, y en lugar de mirar mi culpa, la proyecto sobre ti y te castigo a ti por mis pecados, exigiendo venganza por lo que me han hecho". Esta es la versión de justicia del ego, que la loca historia del mundo – pasada y contemporánea, sin mencionar nuestra vida cotidiana – revela para nosotros. Exigimos justicia por el mal que nos han hecho, por lo que no necesitamos mirar la creencia de que nuestras mentes divididas son las verdaderas perpetradoras del mal.

(VII.1) Es imposible abandonar el pasado sin renunciar a la relación especial. Pues la relación especial es un intento de revivir el pasado y alterarlo. Toda imaginada ofensa, todo dolor que todavía se recuerde, así como todas las desilusiones pasadas y las injusticias y privaciones que se percibieron, forman parte de la relación especial, que se convierte en el medio por el que intentas reparar tu herido amor propio. Sin el pasado, ¿de qué base dispondrías para elegir a un compañero especial? Toda elección al respecto se hace por razón de algo "malo" que ocurrió en el pasado a lo que aún te aferras, y por lo que otro tiene que pagar.

Todos tenemos una larga lista de "imaginadas ofensas" y cosas por el estilo por las que exigimos justicia. Esto comienza en la infancia donde creemos que nunca recibimos el amor y la atención que merecíamos, lo que significa que el mundo tiene que pagar eternamente el precio de nuestro dolor. Olvidamos que la mente preparó la situación para sentirnos justificados en ver nuestra culpa en los demás, castigándolos a ellos en lugar de a nosotros,

y buscando cambiar nuestro pasado pecaminoso. Intentamos continuamente corregir un pasado que nunca sucedió, al igual que la separación de nuestro amor e inocencia nunca sucedió. Al acusar a otros por el pecado del que nos hemos acusado a nosotros mismos de cometer, buscamos castigarlos por lo que en verdad no existe. Dicho de manera sucinta, no podemos cambiar un pasado que es inexistente, pero podemos cambiar la decisión presente de hacerla real a través de nuestros pensamientos de ataque y juicios.

Jesús

amplía este pensamiento:

(VII.2) La relación especial es una venganza contra el pasado. Al tratar de eliminar todo sufrimiento pasado, pasa por alto el presente, pues está obsesionada con el pasado y comprometida totalmente a él.

Ninguna relación especial se experimenta en el presente. Sombras del pasado la envuelven y la convierten en lo que es. No tiene ningún significado en el presente, y si no significa nada en el ahora, no significa

nada en absoluto. ¿Cómo ibas a poder cambiar el pasado salvo en fantasías? ¿Y quién te puede dar aquello de lo que según tú se te privó en el pasado? El pasado no es nada. No trates de culparlo por tus privaciones, pues el pasado ya pasó. En realidad, es imposible que no puedas desprenderte de lo que ya pasó. Debe ser, por lo tanto, que estás

perpetuando la ilusión de que todavía está ahí porque crees que sirve para algún propósito que quieres ver realizado. Y debe ser también que ese propósito no puede realizarse en el presente, sino sólo en el pasado.

El uso del tiempo por parte del ego es una de sus armas más confiables en

su guerra contra la verdad. Comienza con el pensamiento loco de que el

pecado es real en el pasado y debe ser castigado en el futuro. Para evitar la

iracunda venganza de Dios, proyectamos nuestro pecado, esperando

mágicamente que otros paguen el precio por el castigo que creemos que merecemos. Estas proyecciones forman el núcleo de nuestras relaciones especiales, diseñadas para defendernos contra la elección de la mente en favor del instante santo, el cual disuelve la separación del amor que es la base del sistema de pensamiento de pecado del ego: sin separación, no hay pecado; sin pecado, no hay proyección; sin proyección, no hay relación especial; sin relación especial, no hay un ser individual. Así como el pasado desapareció porque nunca existió, el pecado por la separación también es una fantasía que nunca sucedió. Esperando un movimiento posterior en nuestra sinfonía, leemos que no puede haber efecto (el pasado) si la causa (el pecado) ha desaparecido: Hace mucho que este mundo desapareció. Los pensamientos que lo originaron ya no se encuentran en la mente que los concibió y los amó por un breve lapso de tiempo. El milagro no hace sino mostrar que el pasado ya pasó, y que lo que realmente ya pasó no puede tener efectos. Recordar la causa de algo tan sólo puede dar lugar a ilusiones de su presencia, pero no puede producir efectos. (T28.I.1:6-9) Dado que el pasado nunca existió y que, por lo tanto, no está en la mente, debe haber una razón para que continuemos creyendo en él; "algún propósito que [queremos] ver realizado". Como bien sabemos a estas alturas, esta razón es la necesidad del ego de mantenernos en un estado perpetuo de ausencia de la mente, protegiéndose así de que la mente corrija su decisión errónea. El ego se encarga de que la atención del Hijo se desvíe continuamente del presente, el único intervalo temporal en el que se puede tomar la decisión contra el yo, hacia el pasado inexistente que es visto como el lugar de nuestros problemas. Una vez que esta artimaña se perpetra con

éxito, buscamos resolver el problema inexistente con soluciones maladaptativas de especialismo que nunca funcionan realmente. (VII.3:1-5) No subestimes la intensidad del deseo del ego por vengarse del pasado. El ego es absolutamente cruel y completamente demente. Se acuerda de todo lo que hiciste que lo ofendió, e intenta hacer que pagues por ello. Las fantasías que lleva a las relaciones que ha escogido para exteriorizar su odio, son fantasías de destrucción. Pues el ego te guarda rencor por el pasado, y si te escapabas del pasado se vería privado de consumir la venganza que, según él, tan justamente mereces. La venganza que buscamos es un intento de negar la venganza que creemos que Dios nos infligirá. Temerosos de Su castigo, reprimimos el pensamiento y construimos un puente desde nuestra mente llena de culpa hacia el mundo, en el que somos personas con cuerpos especiales sobre los que proyectamos nuestra culpa. Exigimos salvajemente una retribución por su pecado para que nunca tengamos que mirar el contenido de nuestra propia mente. Perversamente, por no decir locamente, tememos al perdón, el cual nos liberaría de las cadenas del pasado y nos liberaría para recordar nuestro Ser, olvidando el ser ilusorio que fabricamos como un lamentable sustituto de la verdad. Sin embargo, el miedo de perder nuestra identidad nos lleva a protegerla atacando aún más, intensificando la culpa que exige nuestro castigo. Como resultado, continuamente atamos a nuestros hermanos y a nosotros mismos a la prisión de pecado y odio, culpa y dolor del ego. Regresamos a esta oración citada anteriormente: (VII.3:6-9) Sin embargo, si no te tuviese a ti de aliado de tu propia destrucción, el ego no podría utilizar el pasado contra ti. En la relación especial permites tu propia destrucción. Que eso es demente es obvio.

Lo que no es tan obvio es que el presente no te sirve de nada mientras persigas el objetivo del ego como aliado suyo.

Es importante recordar que el tú al que se refiere Jesús no es al tú que creemos que somos – recuerda su pregunta anterior: "¿Quién es el 'tú' que

vive en este mundo?" (T-4.II.11:8) – sino la mente tomadora de decisiones

que elige aliarse con el ego o con Jesús. El sistema de pensamiento del ego,

sin embargo, por más brutalmente cruel que pueda parecer, no tiene más

poder que el que le da el tomador de decisiones. Cuando la mente cambia su

alianza y retira la fe en el ego y su pasado pecaminoso, se desvanecen en el

instante santo y desaparecen. No hace falta decir que, en este punto de

nuestra sinfonía, la pérdida del ser es el verdadero miedo del ego. Este es el

principio detrás de la declaración en el texto: "No es lo que puedas perder

en el futuro lo que temes. Lo que te aterroriza es unirte en el presente" (T26.VIII.4:3-4). En nuestra unión con otro, el reflejo de la unión de la mente

con Jesús, el yo separado no puede existir. Inevitablemente, entonces, el

terror a la inexistencia nos conduce continuamente a estas extrañas alianzas

con el ego y su loco sistema de pensamiento de culpa y especialismo.

(VII.4) El pasado ya pasó. No intentes conservarlo en la relación especial que te mantiene encadenado a él, y que quiere enseñarte que la

salvación se encuentra en el pasado y que por eso necesitas volver a él

para encontrarla. No hay fantasía que no encierre un sueño de represalias por lo ocurrido en el pasado. ¿Qué prefieres, exteriorizar ese sueño o abandonarlo?

Esto nos lleva a la siguiente variación de nuestro movimiento, en la que se

nos enseña a liberar el sueño de nuestro pasado pecaminoso que exige el

castigo de otro en lugar del nuestro. Tal castigo es el propósito de la relación especial, la visión deformada de la salvación del ego, que se basa

únicamente en las pasadas percepciones erróneas de nuestros pecados y de

los de otros. Sin embargo, este es un pasado que no existe, y mirando al ego

con Jesús es cómo aprendemos la verdad de este feliz hecho: el Hijo de Dios es, y su impecabilidad es su salvación.

Mirar dentro.

En los pasajes que vamos a considerar ahora, vemos la enormidad del odio

loco que se encuentra en la relación especial. Superamos esto, dejando ir el

ego y específicamente nuestra creencia en el especia-lismo, al cada vez ser

más conscientes de lo que estamos eligiendo. En otras palabras, reconstruimos el puente hacia la mente que el ego ha demolido.

Recuerda

que la represión (o no mirar) es el explosivo del ego que destruye el mecanismo tomador de decisiones que nos llevó de la Expiación de la mente correcta a la culpa de la mente errada, y luego al mundo.

Otra forma de decir esto es que, al hacer un cuerpo con un elaborado aparato sensorial, el ego ha bloqueado con éxito nuestra capacidad de mirar

dentro de la mente. La forma en que reconocemos el puente que nos lleva

de vuelta al Cielo es mirar la relación especial. Por eso Jesús describe tan

gráficamente la dinámica del ego, la cual incluye establecer su propósito de

especialismo. Tal exposición asegura que nunca perderemos de vista el horror de nuestras relaciones y así finalmente elegir contra el ego.

Comenzamos con algunos pasajes de "Las ilusiones y la realidad del amor",

el enfoque principal de esta sección:

(IV.1:1) No temas examinar la relación de odio especial, pues tu liberación radica en que la examines.

Nos aterroriza ver la relación de odio especial, no por el odio, sino porque si la miramos, volveremos a la culpa en la mente y, reconociendo nuestro error anterior, elegiremos contra ella. Mientras que el ego nos dice: "No te pongas en contacto con la culpa", su miedo real es que el tomador de decisiones recuerde que eligió la culpa, y que hizo real su existencia ilusoria en nuestras mentes. Este reconocimiento nos permitiría decidarnos por la Expiación. Sin embargo, por miedo a mirar dentro, permanecemos en la prisión auto-impuesta de la culpa, protegidos por nuestras proyecciones de odio que impiden el regreso desde el estado de la ausencia de la mente al estado de la plenitud de la mente.

(IV.1:2) Sería imposible no conocer el significado del amor si no fuese por eso.

Esto se debe a que el significado del amor es nuestro Ser, que es amor, lo que significa que el principio de Expiación es verdad: el amor nunca ha sido amenazado ni cambiado; el loco sueño de la separación no tuvo ningún efecto en nuestra Identidad como el único Hijo de Dios. Ver a través de la naturaleza ilusoria de las estructuras defensivas del ego del pecado, la culpa, el miedo y la proyección, nos permite recordar la verdad de nuestro Ser.

(IV.1:3) Pues la relación de amor especial, en la que el significado del amor se halla oculto, se emprende solamente para contrarrestar el odio, no para abandonarlo.

El amor del ego cubre su odio, el cual permanece a pesar de estar oculto.

Creemos que amamos porque hemos enterrado el odio subyacente, el cual

nunca abandonará ni a los demás ni a nosotros mismos ya que hemos

trazado una línea en la arena y solo estamos esperando a que ellos la crucen.

Cuando lo hacen, las barricadas del amor desaparecen y la furia plena de

nuestro odio se da a conocer. Los gobiernos aman a los aliados que hacen lo

que quieren, aunque secretamente no pueden esperar a que estos aliados los

traicionen, preparándose para el ataque hacia las "víctimas inocentes e

injustamente tratadas". Los gobiernos imitan a los individuos, y nada agrada

más al ego que atacar justificadamente a otro. Para repasar, el amor especial

esconde un odio especial, que cuando se conserva, oculta el amor de la

mentalidad-correcta que conduce al Amor que nos creó como Él Mismo.

(IV.1:4-6) Tu salvación se perfilará claramente ante tus ojos abiertos a medida que examines esto. No puedes limitar el odio. La relación de amor especial no lo contrarrestará, sino que simplemente lo ocultará donde no puedas verlo.

Una vez más, las tácticas del ego exigen un amor especial para velar el odio

como una tapadera de la culpa que oculta el reflejo del amor de la Expiación. Mientras cruzamos el puente que nos devuelve a la mente, sin

embargo, el mirar con Jesús al ego nos permite reírnos de la tontería de su

creencia de que podría ser por siempre un sustituto del amor. Al no estar ya

aterrorizados por su especialismo, ni abrumados por la culpa, somos capaces de mirar y decir: "El ego está loco. Las cosas odiosas que he hecho,

en respuesta a lo que percibido como las cosas odiosas que otros me han

hecho, no han tenido ningún efecto en el amor en ellos, en mí, o en el Cielo". El odio del ego, un sistema de pensamiento 100% de culpa y

sus

proyecciones, no cambia y no necesita cambiar. Solo cambia la creencia del tomador de decisiones acerca de la realidad de la culpa. Cuando miramos suavemente sin juzgar, el ego y sus delirios de grandeza simplemente dejan de existir.

(IV.1:7-10) Mas es esencial que lo veas, y que no trates de ocultarlo. Pues el intento de equilibrar el odio con el amor es lo que hace que el amor no tenga ningún significado para ti. No te das cuenta de la magnitud de la ruptura que esto representa. Y hasta que no te des cuenta de ello, no podrás reconocer la existencia de dicha ruptura, y, por lo tanto, no podrá ser subsanada.

Nuevamente, Jesús nos pide que miremos el sistema de pensamiento del ego de la mente con él, no que le roguemos que nos conceda nuestras solicitudes específicas y extravagantes en el nivel corporal de la forma. Necesitamos la fortaleza de sus ojos tiernos y de su amorosa presencia para

mirar los locos intentos del ego de unir el odio y el amor en la relación especial, convenciéndonos de que efectivamente existe una diferencia entre

los dos. Es solo cuando aprendemos que el mundo exterior de conflicto y

oposición refleja el mundo interior de la mente dividida (dividida dentro de

sí misma entre las mentes correcta y errada, y dividida dentro de la mente

errada entre víctima y victimario) que esta falsa dicotomía entre ego y ego

puede dar paso a la unidad del amor que está muy lejos, mucho más allá de

los miserables sustitutos del ego.

Estas siguientes oraciones aclaran las enseñanzas del Curso sobre el perdón,

declarando sucintamente la simplicidad de este proceso de curación.

Sirven

como introducción a lo que sigue sobre nuestra discusión acerca de la enseñanza central del Curso:

(IV.6:1-2) Tu tarea no es ir en busca del amor, sino simplemente buscar

y encontrar todas las barreras dentro de ti que has levantado contra él. No es necesario que busques lo que es verdad, pero sí es necesario que

busques todo lo que es falso.

Lo que es falso son las barreras de especialismo que construimos contra el

amor, y necesitamos mirar estas relaciones con los ojos abiertos. El milagro,

el corazón de Un Curso de Milagros, invierte lo que el ego ha hecho, al hacernos ver que sus terribles sueños de sufrimiento y pérdida no tuvieron

ningún efecto sobre el amor. La importancia de las dos frases anteriores

radica en que destacan el proceso del perdón y el núcleo del mensaje de

Jesús. Una y otra vez en nuestra sinfonía escuchamos el tema de que el

problema nunca es el ego en sí, ni su sistema de pensamiento de culpa,

miedo y ataque, sino sólo que creemos en su realidad. Dado que una ilusión

no puede tener poder, al ser la nada que es, nuestra experiencia de su aparente poder proviene solo de nuestra creencia en ella. Esta distinción

central devuelve nuestra atención de la proyección del problema al problema mismo: la decisión de la mente de creer las mentiras de separación del ego en lugar de la verdad de la Expiación del Espíritu Santo.

En otras palabras, Jesús nos pide que llevemos lo falso a lo verdadero, terminando así con la disociación del ego que mantuvo las ilusiones en su

lugar y las protegió del poder de nuestra santidad:

(II.7:2) Tanto el poder de la santidad como la debilidad del ataque se están llevando a tu conciencia.

El milagro coloca la santidad y el ataque, la inocencia y el pecado, uno al

lado del otro. Esto permite que la fortaleza de Cristo disuelva la debilidad

del ego a medida que nuestra santidad natural regresa al lugar de poder que

le corresponde en nuestras mentes. La oscuridad de la ilusión llevada a la luz de la verdad ya no puede existir, porque el brillo de la luz aleja la oscuridad, la cual es solo la ausencia de luz y no tiene sustancia en sí misma. Es este hecho, por ejemplo, el que hace que la oscuridad de una habitación desaparezca cuando activamos el interruptor de la luz. Como la disociación mantiene la ilusión de la separación, el milagro libera la verdad que deshace la ilusión, y para ello es imperativo que miremos dentro de nuestras mentes a la fuente del problema real y su respuesta curativa. De esta manera, la suave luz del perdón puede unir a los dos para que realmente podamos ver:

(IV.7:5) Es esencial que examinemos muy de cerca qué es exactamente lo que crees que puedes hacer para resolver un dilema que te parece muy real, pero que en realidad no existe. En efecto, Jesús nos está diciendo que la relación especial es una solución mal-adaptativa a un problema inexistente. Está diseñada por el ego para resolver el problema mental de la culpa que no existe. Cuando nosotros miramos las multitudinarias e impracticables soluciones por las que hemos optado para protegernos, sólo podemos sonreír con Jesús ante su inherente estupidez. Su suave risa disuelve la gravedad del pecado, la culpa y el miedo del ego, que mantuvo viva la delirante idea de la separación.

(V.14:1-2) La salvación reside en el simple hecho de que las ilusiones no son temibles porque no son verdad. Te parecerán temibles en la medida en que no las reconozcas como lo que son; y no las reconocerás como lo que son en la medida en que desees que sean verdad.

Queremos que las ilusiones sean verdaderas porque somos la ilusión, la encarnación del pensamiento de que la separación de Dios es un hecho.

Como nosotros somos este hecho, la ilusión tiene que ser protegida por la represión y luego por la proyección. Por eso no buscamos, porque la forma

de mantener intacta la ilusión es no mirarla nunca, sino reaccionar como si

fuera verdad. Sin embargo, cuando vemos a través de los ojos de Jesús,

reconocemos la nada innata del ego, lo que significa que su aparente realidad se desvanecerá y desaparecerá. Proteger lo que no existe a través

de la proyección nunca tendrá sentido, lo que nos llevará a dejarlo ir para siempre.

(VI.3) Hay una manera en que el Espíritu Santo te pide que le prestes tu ayuda, si quieres disponer de la Suya. El instante santo es el recurso más útil de que Él dispone para protegerte de la atracción de la culpabilidad, que es el verdadero señuelo de la relación especial. No te das cuenta de que ése es el verdadero atractivo de la relación especial,

debido a que el ego te ha enseñado que la libertad reside en ella. Sin embargo, mientras más detenidamente examines la relación especial, más claro te resultará que no puede sino fomentar la culpabilidad, y que, por lo tanto, no puede sino aprisionar.

Pedir ayuda al Espíritu Santo refleja nuestra voluntad de mirar al ego sin

juzgar. En el instante santo, nuestros ojos sanados no se detienen en la expresión de la culpa (la forma), ni en su pensamiento (el contenido), sino

que, siguiendo su atracción natural, ve directamente más allá de la oscuridad del sistema de pensamiento de mentalidad-errada a la resplandeciente luz de los Grandes Rayos. En otras palabras, mirar al ego

con Jesús destruye su mito de que la relación especial nos liberará de la

culpa al hacer que otro pague el precio por nuestro pecado. Como siempre,
Jesús nos ruega que miremos la relación especial con los ojos abiertos para
que podamos reconocer su naturaleza ilusoria. El problema no es lo que es
real (es decir, el amor), sino más bien la decisión de la mente por la culpa
que usamos para cubrir lo real. Es el tomador de decisiones de la mente
quien nos ha aprisionado, no el ego que solo existe en sueños.
Ahora estamos listos para discutir el perdón, el cual nos lleva a mirar al ego. En nuestra discusión también hablaremos del instante santo, en el que
- fuera del tiempo - elegimos al Espíritu Santo en lugar del ego. La decisión en favor del milagro refleja este mismo proceso de curación. El perdón, el milagro y el instante santo.
Comenzamos con la sección de apertura del capítulo, "La verdadera empatía". Esto originalmente no era parte del Curso, sino un mensaje específico para Helen que llegó cuando estaba completando la redacción del
Capítulo 15. Como encajaba bien con los temas de esta parte del texto, se
mantuvo en su propia secuencia cronológica.
(I.1:1-2) Sentir empatía no significa que debas unirte al sufrimiento, pues el sufrimiento es preci-samente lo que debes negarte a comprender. Unirse al sufrimiento de otro es la interpretación que el ego hace de la empatía, de la cual siempre se vale para entablar relaciones especiales en las que el sufrimiento se comparte.
A medida que el mundo las practica, la compasión o la empatía son otras
formas de la relación de amor especial. Para el ego, el que nosotros digamos
"Siento pena por el dolor de los demás" expresa amor por ellos porque estamos empatizando con su sufrimiento. De hecho, sin embargo, amamos
egoístamente ver a la gente sufrir mucho para poder ayudarlos. Éste no es
más que otro aspecto del negociado especial, en el que el ego declara en

términos no inciertos: "Necesito que sientas dolor, y tú me necesitas para aliviar tu dolor y consolarte. De esta manera me siento bien conmigo mismo y te hago sentir bien contigo mismo - una unión hecha en el Cielo". El problema, sin embargo, es que esta forma de amor está secretamente llena de odio porque niega la fortaleza de Cristo en nosotros, separando a los débiles de los fuertes y fragmen-tando aún más la Filiación en nuestra experiencia. Tal empatía apela a la debilidad del ego, y al vernos a nosotros mismos como diferentes de aquellos que sufren injustamente, reforzamos la separación que es el mismo problema que nuestras mentes correctas están tratando de deshacer.

(I.1:3-7) La capacidad de sentir empatía le resulta muy útil al Espíritu Santo, siempre que permitas que Él la use a Su manera. La manera en que Él la usa es muy diferente. Él no comprende el sufrimiento, y Su deseo es que enseñes que no es comprensible. Cuando se relaciona a través de ti, Él no se relaciona con otro ego a través del tuyo. No se une

en el dolor, pues comprende que curar el dolor no se logra con intentos ilusorios de unirte a él y de aliviarlo compartiendo su desvarío.

El pasaje anterior expresa otro tema central de nuestra sinfonía: no hacer

real el error. Esto distingue la percepción del Espíritu Santo de la nuestra. Él

ve más allá de la expresión del sufrimiento, la cual Él no puede comprender

porque es inexistente, hacia el pensamiento del dolor que todos los Hijos

separados comparten, e incluso más allá de este, a la Expiación. Su Amor

nos ayuda a penetrar el doble del ego escudo de forma y contenido, cuerpo

y mente, dolor y culpa, hacia la brillante luz de la verdad en la que todo el

sufrimiento desaparece. La empatía del Espíritu Santo ve a los Hijos de

Dios como uno: en la ilusión y en la realidad.

Una vez más, hablamos de actitud (contenido), no de comportamiento (forma). Jesús no quiere decir que no debemos ayudar a las personas en

peligro. Solo quiere decir que debemos ser conscientes de cómo nuestros

egos anhelan ayudar a personas con dolor, beneficiándose de su sufrimiento. Donde hay sufrimiento debe haber cosas externas – personas,

eventos, circunstancias – que lo han causado. Por lo tanto, formamos alianzas de amor especial con el que sufre injustamente, y relaciones de

odio especial con quienes son su causa. Todo esto se basa en exclusión y

separación, y así, el amor es desterrado porque no hay una percepción unificada del perdón, basada en una percepción de sufrimiento unificado,

que reflejaría la Unidad del Cielo.

(I.2:1-4) La prueba más clara de que la empatía, tal como el ego la usa, es destructiva, reside en el hecho de que sólo se aplica a un determinado tipo de problemas y a ciertos individuos. Él mismo los selecciona y se une a ellos. Pero nunca se une a nada, excepto para fortalecerse a sí mismo. Al haberse identificado con lo que cree entender, el ego se ve a sí mismo y procura expandirse comprando lo que es como él.

El ego se fortalece a través de la separación, lo que hace al compartir su

sistema de pensamiento de especialismo. La falsa empatía es una forma

convinciente de reforzar las diferencias entre la Filiación, bajo el disfraz de

compasión y preocupación. Esto es una fuerza débil, ya que se basa en la

separación de nuestra verdadera Fortaleza. El ego, entonces, niega su debilidad inherente al unirse con los cuerpos en un amor especial, en falsa

empatía o en un absoluto juicio. La forma es irrelevante para su objetivo de

ataque, como ahora leemos en un pasaje que continúa la exposición de

Jesús de los propósitos secretos del ego:

(I.2:5-7) No dejes que esta maniobra te engañe. El ego siempre utiliza la

empatía para debilitar, y debilitar es atacar. Tú no sabes lo que es la empatía. Pero de esto puedes estar seguro: sólo con que te sentases calmadamente y permitieses que el Espíritu Santo se relacionase a través de ti, sentirías empatía por la fortaleza, y, de ese modo, tu fortaleza aumentaría, y no tu debilidad.

En el motivo recurrente anterior de su sinfonía, Jesús yuxtapone la fortaleza

de Cristo y la debilidad del ego. Este último expresa nuestra vulnerabilidad

a fuerzas más allá de nuestro control – elementos hostiles y nocivos que

tienen el poder de infligir dolor o hacernos infelices – mientras que la fortaleza de Cristo nos hace invulnerables al mundo porque nos recuerda

que somos mentes, no cuerpos. Solo necesitamos recordar el poder de la

mente para elegir de nuevo, y Su fortaleza se convierte en la nuestra cuando

compartimos Su visión de los intereses compartidos entre todos los Hijos de Dios.

Para reiterar este importante punto, la empatía del Espíritu Santo no significa que no ayudemos a quienes están en problemas. Pero, si deseamos

que el amor nos guíe para ser útiles en la forma, debemos ser conscientes de

la necesidad del ego de ser útil, la cual nos hace superiores a los débiles. Al

volvernos especialmente buenos y cariñosos, acentuamos las diferencias

dentro del único Hijo de Dios, glorificando nuestro yo a expensas de la felicidad de otro. El especialismo siempre erosionará la decisión de mentalidad-correcta por la visión que une a la Filiación en su fortaleza.

(I.3:1-6) Tu papel consiste únicamente en recordar esto: no quieres que nada que tú consideres valioso sea lo que tiene lugar en una relación.

No decides hacer nada a tu manera para deteriorarlas o para crear armonía en ellas. No sabes lo que es curar. Todo lo que has aprendido

acerca de la empatía procede del pasado. Y no hay nada del pasado que
desees compartir, pues no hay nada del pasado que desees conservar.
No te valgas de la empatía para otorgarle realidad al pasado y así
perpetuarlo.

Un ego claramente se sentiría ofendido por las palabras de Jesús, pero
nuestras mentes cuerdas las reciben con alegría y alivio. Creemos que
la

curación es del cuerpo, porque ahí es donde sufrimos y colocamos
nuestra

empatía o antipatía. Sin embargo, nuestro nuevo Maestro redirige
nuestra

atención hacia adentro: hacia la fuente de la mentalidad-errada del
dolor

(culpa) y hacia la fuente de la mentalidad-correcta de sanación (el
milagro).

Así liberamos el pasado de las proyecciones de separación y pecado, y
aceptamos el instante santo en el que el presente perdonado
gentilmente da

paso a la verdad eterna del amor.

(I.3:7-12) Hazte a un lado tranquilamente y deja que la curación se
lleve a cabo por ti. Mantén un solo pensamiento en la mente y no lo
pierdas de vista, por muy grande que sea la tentación de juzgar
cualquier situación, y de determinar tu reacción basándote en los
juicios que has hecho de la misma. Concentra tu mente sólo en esto:
No estoy solo, y no quiero imponer el pasado a mi Invitado. Lo
invité y Él aquí está. No tengo que hacer nada, excepto no
interferir.

Esta oración para nosotros mismos nos recuerda que no estamos solos
en

nuestro dolor. Hay Alguien a Quien podemos ir siempre en busca de
ayuda,

porque solo Su Amor sana. La tentación es creer las mentiras del ego
sobre

el problema y su solución, mirando al cuerpo para que nuestra visión
se

desvíe de la decisión de la mente por el ego, una decisión que nos
arraiga en

un pasado pecaminoso que creemos que es real y justifica nuestra
posterior

proyección sobre el cuerpo. Sin embargo, reconociendo nuestro error, llevamos nuestros juicios a la visión curativa del Espíritu Santo, Cuyo Amor juzga todas las percepciones como erróneas: son igualmente irreales, sin excepción, y, por lo tanto, no tienen ningún efecto en nuestra realidad como Hijo de Dios. En otras palabras, no deshacemos el ego, sino que optamos por mirarlo sin juzgarlo. De esta manera, en virtud de que la mente tomadora de decisiones retiró la creencia en él, el ego se deshace porque ya no interferimos con la corrección de la mentalidad-correcta. El apartarnos suavemente del ego, el cambio de mentalidad que produce el milagro, es el significado real de que el Espíritu Santo lo haga por nosotros.

(1.4:1-4) La verdadera empatía procede de Aquel que sabe lo que es. Tú aprenderás a hacer la misma interpretación que Él hace de ellas si le permites que se valga de tu capacidad para ser fuerte y no débil. Él no te abandonará, pero asegúrate de que tú no lo abandonas a Él. La humildad es fuerza sólo en este sentido: reconocer y aceptar el hecho de que no sabes, es reconocer y aceptar el hecho de que Él sí sabe. Una vez más, Jesús nos recuerda que debemos ser humildes y reconocer nuestra necesidad de una ayuda que no proviene del mundo, el cual sólo conoce la separación y el estado dualista de opuestos del ego: bien y mal, fuerte y débil, sano y enfermo. Esta percepción errónea, basada en el principio de uno u otro, es corregida por la percepción verdadera del Espíritu Santo de empatizar con la fortaleza de Cristo que está en cada uno de los fragmentos aparentemente separados del Hijo de Dios. Ir a Él en busca de ayuda refleja la humildad que fue ejemplificada en Sócrates. El oráculo de Delfos dijo que era el más sabio de los hombres, y este gran maestro llegó a la conclusión de que su sabiduría procedía de saber que no sabía.

(I.5) El triunfo de la debilidad no es lo que deseas ofrecerle a un hermano. Sin embargo, no reconoces otro triunfo que ése. Eso no es conocimiento, y la forma de empatía que suscitaría es tan distorsionada, que no haría sino aprisionar lo que quiere liberar. Los que no han sido redimidos no pueden redimir, sin embargo, tienen un Redentor. No trates de ser Su maestro. Tú eres el estudiante. Él, el maestro. No confundas tu papel con el Suyo, pues eso nunca le brindará paz a nadie. Ofrécele tu capacidad de sentir empatía, pues lo que deseas compartir es Su percepción y Su fortaleza. Y permítele que Él te ofrezca Su fortaleza y Su percepción, para que puedan ser compartidas a través de ti.

Para que no perdamos el punto, Jesús lo repite continuamente. A solas con nuestros amores y odios especiales, triunfos y derrotas, somos débiles, pero unidos a él y a todos nuestros hermanos recordamos la fortaleza que es la base de la verdadera empatía. Es a partir de este nuevo entendimiento que podemos compartir la visión que ve la unidad de la mente del Hijo, tanto en la debilidad del ego como en la fortaleza de Cristo. Mientras el ego quiere que triunfemos sobre la debilidad de otro en una aparente demostración de fuerza, Jesús nos guía gentilmente a ver cómo su amor todo-abarcador fortalece nuestra capacidad de aceptar la verdad de nuestra Identidad. Aprender a compartir este Ser con todos los Hijos de Dios es el medio de nuestra redención y nuestra verdadera fortaleza.

(I.6:1) El significado del amor se pierde en cualquier relación que vaya en busca de la debilidad y espere encontrar amor en ella. El amor solo puede basarse en la fuerza de la unidad, que es común a todos.

Si vemos que una persona tiene algo que nos falta, o viceversa, hacemos realidad la debilidad intrínseca de la separación. Estamos fallando al relacionarnos con la fortaleza universal e indiferenciada de Cristo que es el significado del amor, como veremos en un momento. En el nivel de la

forma, es cierto que las personas tienen cosas de las que otros carecen, pero cuando esas diferencias se toman en serio y se convierten en la base de las relaciones, jugamos el amargo juego del especialismo que es el venenoso pan con mantequilla del ego.

(I.6:2-3) El poder del amor, que es su significado, radica en la fuerza de Dios que se cierne sobre ella y que la bendice silenciosamente al envolverla en sus alas sanadoras. No intervengas en esto, ni trates de reemplazarlo con un “milagro” tuyo.

Jesús nos está ayudando a darnos cuenta de que el amor es poder, pero no el poder del mundo que busca dominar a los demás. La fuerza del amor radica

en su total-inclusividad, evitando la debilidad de separación, fragmentación

y especialismo del ego. La versión mundial de los milagros es mágica, al

intentar solucionar un problema donde no está (el mundo separado de los

cuerpos). Pedirle ayuda a Jesús para cambiar los sistemas de pensamiento

en lugar de aliviar los síntomas, restaura el poder del milagro para sanar las

mentes unidas del único Hijo de Dios.

(I.6:4-5) He dicho que si un hermano te pide que hagas algo que a ti te parece absurdo, que lo hagas. Pero ten por seguro que esto no significa que tengas que hacer algo que pudiese ocasionarte daño a ti o a él, pues

lo que le hace daño a uno, le hará daño al otro.

Jesús se refiere a su declaración anterior (T-12.III.4), que necesitaba una

aclaración porque podría ser, y, de hecho, ha seguido siendo muy fácilmente

malinterpretada. Su punto es que antes de hacer lo absurdo o lo tonto que se

nos pidió, el comportamiento, deberíamos comprobar el contenido de la

mente. Si nuestros pensamientos son amorosos nuestra respuesta será

amorosa para todos, cumplamos o no la solicitud en la forma. Jesús nos advierte que, si alguien pide algo absurdo que parecería dañar a otro o a

nosotros mismos, debemos tener en claro que es su voluntad, y si lo es,

nadie sufriría ni sería herido.

Veamos ahora cómo el milagro (o el perdón) corrige el cruel principio del

ego de uno u otro. Si voy a vivir feliz, será a expensas de otros. Alguien debe morir (física o psicológicamente) si voy a vivir; otro debe sufrir la culpa si quiero ser inocente. Empezamos con una declaración de la naturaleza de todo-inclusiva de la verdad; el contexto es la santidad: (II.1:1-2) Puede que aún pienses que no es posible entender lo que es la

santidad porque no puedes ver cómo se puede extender de manera que

incluya a todo el mundo. Y se te ha dicho que para sea santa tiene que incluir a todo el mundo.

La santidad para el ego es especialismo, en la que solo ciertas personas son

santas y merecen trato especial (adulación, adoración, poder, etc.).

Para el

Espíritu Santo, la santidad sólo puede existir si incluye a todos, independientemente de la forma. Es por eso que la verdadera santidad es

inconcebible para nosotros que nos identificamos con el cuerpo. La santidad

de Cristo es un pensamiento que tenemos para nosotros como un recuerdo

en la mente correcta de la Filiación unificada e indiferenciada.

(II.1:3-8) La extensión de la santidad no es algo que te deba preocupar, pues no comprendes la naturaleza de los milagros. Tampoco eres tú el que los obra. Esto lo demuestra el hecho de que los milagros se extienden más allá de los límites que tú percibes. ¿Por qué preocuparte por cómo se va a extender un milagro a toda la Filiación cuando no entiendes lo que es un milagro? Un atributo no es más difícil de entender que el todo del que forma parte. Si los milagros existen, sus atributos tienen que ser milagrosos, al ser parte de ellos.

Esta es la primera de tres declaraciones explícitas (ver también, T-22.VI.9;

T-27.V.1; 10:1-2) que encontraremos de este tema vital, aunque infrecuente en la sinfonía de Jesús: nuestra responsabilidad es sólo elegir el contenido de mentalidad-correcta de la mente; su expresión en la forma, el milagro que se extiende a través de nosotros en el mundo del sueño, no lo es. Una fuente importante de que muchos estudiantes no entiendan bien Un Curso de Milagros puede ser encontrada en la confusión de forma y contenido: no recuerdan que si el milagro (santidad, perdón o salvación) es verdad, debe abarcar a todas las personas al extenderse a través de la mente. Las variadas formas de errores del ego – algunos personalmente o socialmente aceptables, otros no – son irrelevantes para el milagro de corrección. Problemas mayores y menores, gente buena y mala, objetos santos e impíos, son todas distinciones sin sentido para el amor de Jesús. No tienen cabida en la práctica del perdón, es por eso que nuestro enfoque debe estar siempre y únicamente en la mente tomadora de decisiones, eligiendo correctamente (el contenido del milagro), y deshaciendo su antigua decisión por el ego (el contenido de la culpa). Encontramos que este énfasis en cambiar nuestra mente se refleja en los tres pasos del perdón del libro de ejercicios, donde los dos primeros son nuestra función, y el tercero es la del Espíritu Santo (L-pl.23.5:1-4).

(II.3) Es imposible que los milagros te parezcan naturales porque lo que has hecho para hacerle daño a tu mente, la ha vuelto tan antinatural que no recuerda lo que le es natural. Y cuando se te dice lo que es natural, no puedes comprenderlo. El reconocimiento de que la parte es igual al todo y de que el todo está en cada parte es perfectamente natural, pues así es como Dios piensa, y lo que es natural para Él es natural para ti. Una percepción completamente natural te

mostraría de inmediato que es imposible que haya grados de dificultad en los milagros, pues ello estaría en contradicción con su significado. Y si pudieses comprender su significado, sus atributos no podrían causarte perplejidad.

Lo que es natural para el ego es su primera ley del caos ("hay una jerarquía

de ilusiones"), un principio fundamental para el sistema de pensamiento del

ego que ya hemos citado, y que examinaremos en más detalle en un movimiento posterior de nuestra sinfonía (T-23.II.2:1-3). Dentro de esa ley,

la percepción de diferencias entre los diferentes miembros de la Filiación es

primordial, sin mencionar los diferentes problemas de diversa magnitud a

los que nos enfrentamos a diario. Para el Espíritu Santo esta ley es antinatural, porque la única parte natural de nuestro mundo antinatural es

Su primer principio de milagros: no hay grados de dificultad entre ellos. Las

ilusiones siguen siendo ilusiones, independientemente de la forma que parezcan tomar, y siendo todas iguales tienen una única solución: el milagro. Después de todo, $2+2=5$, lo que significa es que las leyes de este

mundo son parte de la misma ilusión que lo fabricó ("El mundo que ves es

el sistema ilusorio de aquellos a quienes la culpabilidad ha enloquecido" [T13.in.2:2]), por lo tanto, su lógica y conclusiones no son para ser creídas. El

todo está en cada parte porque no hay parte, únicamente está el todo que es

el Hijo de Dios el cual es uno e indivisible en la ilusión y en la verdad.

(II.4:1-3) Has obrado milagros, pero es muy evidente que no los has obrado solo. Cada vez que te extendiste hasta otra mente y te uniste a ella tuviste éxito. Cuando dos mentes se unen y comparten una idea por

igual, se establece el primer eslabón de la conciencia de que la Filiación

es una.

Antes de mirar hacia adentro para examinar nuestras relaciones especiales,
no veíamos que todos los Hijos de Dios comparten la única necesidad de despertar del sueño. En su lugar, los percibíamos separados, o con un conflicto de necesidades, lo que lleva al trato especial que es el sello distintivo del ego. Sin embargo, al darnos cuenta de que no somos diferentes de todos, damos el primer paso para construir el puente de inversión del Espíritu Santo, soldando la "fuerte cadena de Expiación" (T1.III.9:2) que deshace el sistema de pensamiento del ego en su núcleo: la creencia de que somos seres separados y diferenciados, con intereses y metas diferentes de los demás.

Por cierto, para que el milagro cure, no es necesario que ambas personas se unan y sean conscientes de su conciencia. Con una es suficiente. Como las mentes están unidas, la elección de una los cura a todos: "Cuando me curo, no soy el único que se cura" (L-pl.137). De lo contrario, la salvación sería cruel, exigiendo que la curación de uno dependa de la decisión de otro. (IV.11:6) En cada llamada del odio y en cada fantasía que surge para demorarte, ve sólo la petición de ayuda que se eleva incesantemente desde ti a tu Creador.

Notamos nuevamente cómo Jesús se refiere a temas que ha introducido en movimientos anteriores de su sinfonía. Aquí está la idea de los Capítulos 12 y 14: el odio o el ataque son expresiones de miedo, el cual es un llamado al amor que ha sido negado. Nuestro hermano mayor nos pide que veamos la "llamada del odio" en todos – las acciones viciosas, crueles y asesinas del mundo – como una petición de ayuda. Es nuestra llamada también, porque estamos unidos tanto en la loca defensa del odio como en la cuerda llamada

al amor que está justo debajo del odio.
Jesús nos está enseñando a no ver a nadie como diferente - diferente en la forma del cuerpo, ciertamente, pero no en el contenido de la mente. Somos uno en el especialismo como lo somos en la Expiación, y ninguno de los Hijos de Dios está excluido de la mente separada. Valga decir que esta totalinclusividad contradice directamente el especialismo del ego en el que hay personas especiales que tienen lo que nos falta, o ciertos grupos que son malvados mientras que otros permanecen inocentes. Detrás de estas percepciones diferenciadoras, sin embargo, está el pensamiento en uno u otro, motivándonos a buscar el pecado en otros para establecer nuestra impecabilidad.

Pasamos ahora al instante santo, otro término para denotar el proceso de curación del milagro o perdón:
(VI.11:7-12:3) ¡Y que el instante santo te acelere en tu camino, como indudablemente lo hará sólo con que dejes que venga a ti!

El Espíritu Santo sólo te pide este pequeño favor: que cada vez que tus pensamientos se desvíen hacia una relación especial que todavía te atraiga, te unas a Él en un instante santo y le permitas liberarte. Lo único que necesita es que estés dispuesto a compartir Su perspectiva, para que Él te la conceda en su totalidad. Y no tienes que estar completamente dispuesto porque Él lo está.

Esto prefigura el tema de la "pequeña dosis de buena voluntad" que se destaca en el Capítulo 18. Lo que el Espíritu Santo necesita de todos nosotros es que nos volvamos desde el instante no santo en el que hemos hecho real la culpa y el especialismo, y reconozcamos que ya no valoramos ese odio. Puede que no estemos totalmente preparados o incluso dispuestos a dejar ir el ego, pero al menos podemos empezar a mirar su sistema de

pensamiento y reconocerlo como la fuente de nuestro dolor.

Necesitamos

tomar conciencia de la tentación de excluir, la necesidad de ver a otro como

el medio para nuestra compleción, incluyendo a los que juzgamos: "Me sentiré completo si te amo y me uno contigo, canibalizando lo que me falta,

o ganando mi inocencia a través del odio que te establece como pecaminoso". El instante santo expresa nuestra voluntad de mirar a los demás de una manera diferente – con Jesús en lugar del ego – y no creer las

mentiras que nos dirían que el Hijo de Dios puede ser fragmentado en distintos niveles de especialismo, o que las circunstancias de nuestras vidas

hacen una diferencia en términos de nuestra paz y felicidad.

(VII.6:1-2) Frente a la demente noción que el ego tiene de la salvación, el Espíritu Santo te ofrece dulcemente el instante santo. Hemos dicho antes que el Espíritu Santo tiene que enseñar mediante comparaciones,

y que se vale de opuestos para apuntar hacia la verdad.

El ego también usa las comparaciones, pero estas apuntan a las ilusiones de

diferencias que justifican el ataque e incluso el asesinato. El Espíritu Santo

simplemente compara el sistema de pensamiento del ego con el Suyo, llevándonos lejos de las ilusiones hacia la verdad, desde el especialismo a la totalidad.

(VII.6:3-6) El instante santo es lo opuesto a la creencia fija del ego de que la salvación se logra vengando el pesado. En el instante santo se comprende que el pasado ya pasó, y que, con su pasar, el impulso de venganza se arrancó de raíz y desapareció. La quietud y la paz del ahora te envuelven con perfecta dulzura. Todo ha desaparecido, excepto la verdad.

Fuera del tiempo en el instante santo, cuando elegimos a Jesús como nuestro maestro, no hay pecado, y, por lo tanto, no hay separación, culpa o

miedo; no hay mundo, especialismo o cuerpo. Cuando elegimos nuestras

mentes correctas, todo en la mente errada se excluye: no queda ningún
pasado impulsado por la culpa por el que debamos exigir venganza
ahora, o
buscar la expiación en el futuro, o la necesidad de defendernos a
través de
relaciones especiales. Entonces, no hay necesidad de soluciones
maladaptativas a problemas inexistentes porque el único problema de
la
separación ya ha sido resuelto, en el único lugar donde podría ser
resuelto:
la mente que eligió el problema ilusorio en primer lugar.
(VII.7:1) Puede que por algún tiempo todavía trates de llevar ilusiones
al instante santo, obstaculizando así el que seas plenamente
consciente
de la absoluta diferencia que existe – con respecto a todo – entre tu
experiencia de la verdad y tu experiencia de la ilusión.
En el Capítulo 17 veremos una discusión más detallada de esta táctica
favorita del ego de traer ilusiones al instante santo para que parezcan
reales,
en lugar de llevar la ilusión a la verdad para que pueda ser deshecha.
Como
resultado, buscamos la ayuda de Jesús para facilitar nuestro logro de
soluciones locas y mágicas en el mundo para pseudo-problemas que
existen
solo para distraernos del verdadero problema y su solución en la
mente
tomadora de decisiones. De esta manera ingeniosa se desdibuja la
distinción
entre la ilusión y la auténtica verdad, hasta casi no poder distinguirlas.
(VII.7:2) Mas no seguirás tratando de hacer eso por mucho más
tiempo.
Este es el primero de una serie de palabras de ánimo que nos da Jesús.
Dice
en el Capítulo 17, por ejemplo: "Ya no estás completamente loco"
(T17.VII.10:2). Aunque estemos tentados a hacer realidad las ilusiones
al
llevarlas al instante santo, no lo haremos mucho más, porque el dolor
de

negar el amor será demasiado grande. Esta incomodidad con las ilusiones de especialismo se convierte en el motivador para elegir el instante santo.

(VII.7:3-4) En el instante santo el poder del Espíritu Santo prevalecerá porque te habrás unido a Él. Las ilusiones que cargas contigo debilitarán la experiencia que tienes de Él por algún tiempo, te impedirán que retengas la experiencia en tu mente.

Este es un proceso, como ya hemos visto muchas veces, porque nuestra

experiencia es que la curación no ocurre de una vez por todas.

Elegimos el

instante santo, nos asustamos y en lugar de usarlo como un puente que nos

lleve a la verdad, elegimos que valide las ilusiones. Hacemos esto, por ejemplo, permitiendo que la experiencia refuerce nuestro especialismo espiritual, trayendo al Espíritu Santo al sueño e insistiendo en que Él satisfaga nuestras necesidades en el nivel de la forma. Esto debilita nuestra

experiencia de Su Amor al cambiar el enfoque hacia las formas específicas

del mundo en lugar de hacia el contenido mental del perdón. Esta atracción

por el sistema de pensamiento del ego convierte los instantes santos en

impíos, y Jesús nos alerta de esto para que cuando ocurran, no nos sorprendamos ni nos sintamos culpables, sino que usemos el error como

trampolín para hacer que nuestras mentes regresen al instante santo.

(VII.8:1,5-8) Lo que Dios te ha dado, te lo dio de verdad, y no podrás sino recibirlo de verdad. ... Él dio el instante santo para que te fuese dado, y es imposible que no lo recibas, puesto que Él lo dio. Cuando Él dispuso que Su Hijo fuese libre, Su Hijo fue libre. En el instante santo se encuentra Su recordatorio de que Su Hijo será siempre exactamente como fue creado. Y el propósito de todo lo que el Espíritu Santo enseña es recordarte que has recibido lo que Dios te dio.

Esta es otra garantía de nuestro amigo y hermano, y una variación del principio de Expiación: nunca podría darse el caso de que no fuéramos tal

como Dios nos creó; el amor que Él nos dio ya lo hemos recibido, y no

podemos evitar recordarlo en el instante santo que también han recibido nuestras mentes correctas. El regalo de Dios, por lo tanto, espera nuestra decisión. Como leímos anteriormente, "El amor espera la bienvenida, pero no en el tiempo ..." (T-13.VII.9:7), y Un Curso de Milagros nos ayuda a tomar la decisión de dar la bienvenida al amor mucho más pronto. (VII.9:1-2) No hay nada por lo que tengas que guardarle rencor a la realidad. Lo único que debes perdonar son las ilusiones que has albergado contra tus hermanos. Este es un precursor del tema de suma importancia, que se repetirá en el Capítulo 17, que perdonamos a otros por lo que no han hecho. En realidad, solo tenemos que perdonarnos a nosotros mismos por lo que nosotros hemos hecho: proyectar la culpa sobre los que son inocentes. Sin embargo, en última instancia, nos perdonamos a nosotros mismos por "pecar" contra Dios y experimentar la culpa que reforzamos con el "pecado" añadido al proyectarla. Jesús enseña que lo que perdonamos son las ilusiones que hemos tenido contra nuestros hermanos; las ilusiones nacidas de un pecado que nunca sucedió. (VII.9:3-4) Su realidad no tiene pasado, y lo único que se puede perdonar son las ilusiones. Dios no le guarda rencor a nadie, pues es incapaz de albergar algún tipo de ilusión. Esta es la Expiación: Dios no está enojado, porque no sucedió nada que perturbe la realidad de Su perfecta Unidad; simplemente perdonamos lo que pensamos que hicimos, no lo que hicimos. Hemos proyectado la culpa sobre lo que nunca ocurrió, la cual deshacemos perdonando al que juzgamos por el pecado del que, en secreto, nos acusarnos erróneamente de haber cometido. (VII.9:5) Libera a tus hermanos de la esclavitud de sus ilusiones,

perdonándolos por las ilusiones que percibes en ellos.
El perdón libera a otros de la locura al no hacerlos diferentes de nosotros, la verdad es que nosotros estamos todos locos y cuerdos, compartiendo las mismas mentes errada y correcta. Unirnos a la danza mortal del especialismo del ego, por otro lado, refuerza la loca creencia de nuestros hermanos en la escasez, por la cual, los culpamos a ellos a través de la proyección de nuestra propia creencia en la ilusión de escasez. Podemos ver como nuestras locas decisiones esclavizan al Hijo de Dios al demostrar que su elección por el ego es correcta, ya que su sistema de pensamiento de culpa y odio – uno u otro – está vivito y coleando. Sin embargo, cuando miramos con el Espíritu Santo y reconocemos nuestra danza de muerte, estamos listos para transmitir un mensaje diferente, diciendo a nuestros socios especiales: "Tu elección por el ego fue un error, y tal como yo escogí el instante santo, tú también puedes". De esta manera les brindamos la oportunidad de recordar su capacidad para elegir. Esta demostración es nuestro regalo para los demás. No podemos hacer la elección por otra persona, pero podemos ofrecer un ejemplo de alguien que ha tomado la decisión por la mentalidad-correcta para sí mismo. De manera similar, el regalo de Jesús para nosotros es su ejemplo de alguien que aceptó la Expiación al elegir sólo al Espíritu Santo, y que nos ayuda ahora a hacer lo mismo para que podamos demostrar esta elección corregida en su nombre a través de nuestra bondadosa indefensión. Recuerda: "No enseñes que mi muerte fue en vano. Enseña, más bien, que no morí, demostrando que vivo en ti" (T-11.VI.7:3-4).

(VII.9:6-7) Así aprenderás que has sido perdonado, pues fuiste tú quien les ofreció ilusiones. En el instante santo esto es lo que se lleva a cabo por ti mientras estés en el tiempo, para de este modo brindarte la verdadera condición del Cielo.

Reforzando el poder de nuestra mente para elegir el instante santo del Espíritu Santo en lugar del especialismo del ego, llegamos a aprender que

hemos sido perdonados, siendo el perdón el puente que conduce desde la

percepción del mundo de cuerpos separados a la visión del mundo real, la

puerta al Cielo. En la siguiente sección examinamos los regalos que se nos

ofrecen al otro lado de este puente de salvación, al decidir que los regalos

del ego son indignos del Hijo de Dios.

El puente que conduce al mundo real.

(VI.5:1) Ves el mundo al que atribuyes valor.

Primero decidimos el sistema de pensamiento que valoramos, la separación

o la Expiación, y cualquiera que sea la elección de nuestra mente, eso es lo

que veremos (la proyección da lugar a la percepción): un mundo que ofrece

oportunidades para probar que tenemos razón, que la culpa pertenece a otro

que merece el castigo por nuestro pecado proyectado; o un mundo que es

nuestro salón de clases, el cual nos ofrece innumerables oportunidades para

aprender a perdonar.

(VI.5:2) A este lado del puente ves un mundo de cuerpos separados que

buscan unirse unos con otros en uniones exclusivas y convertirse en uno

solo a costa de la pérdida que ambos sufren.

Nos perdemos al negar nuestra Identidad, y luego el yo que creemos que

somos se pierde cuando lo damos a otro, que por supuesto hace lo mismo

con nosotros. En este extraño mundo de relaciones especiales - "este lado

del puente" - el ego nos dice que el especialismo nos une. Jesús nos está

ayudando a ver el odio acechando detrás del "amor", la separación enmascarada por la aparente unión, la cual es simplemente dos egos confabulados para preservar su yo separado.

(VI.5:3) Cuando dos individuos intentan convertirse en uno solo están tratando de reducir su grandeza.

Al decir que falta algo en nosotros y que estamos incompletos, negamos

nuestra grandeza como Cristo. Cuando otro hace la misma afirmación y nos

"unimos", nuestros dos seres incompletos parecen completarnos a ambos, la

versión del ego del Cielo. Satisfacer las necesidades de los demás se convierte en el único valor por el que sostenemos la relación. Sin embargo,

en verdad no hay una relación real aquí, porque hemos excluido a todos de

nuestra grandeza, incluido Dios.

La verdadera compleción y totalidad solo se puede encontrar dentro de nosotros. El valor real de otro es proporcionarnos la oportunidad de ver nuestra locura: hacer real la culpa de la mente y luego proyectarla como

especialismo. Ver esto es de gran valor porque nos devuelve a la mente

tomadora de decisiones que eligió el ego en lugar del Espíritu Santo, lo que

nos permite elegir de nuevo, poner fin a la locura y recordar que nuestra

compleción está en todos. No necesitamos unirnos como cuerpos para hacernos completos; sino simplemente reconocer la totalidad en nosotros

misimos al percibirla en los demás.

(VI.5:4-5) Cada uno quiere negar su poder, pues una unión exclusiva excluye al universo. Se deja afuera mucho más de lo que se admite adentro, pues se deja a Dios afuera y no se admite nada adentro.

El ego nos dice que algo maravilloso es absorbido por nuestro canibalismo:

el especialismo que conserva nuestra individualidad y recupera nuestra inocencia robada. Aun así, esto no es nada, porque la relación especial niega todo lo que compartimos como el único Hijo de Dios. Esto refleja la naturaleza intransigente de la salvación que Jesús nos ofrece, ya que la elección última es siempre entre la verdad y la ilusión, entre todo y nada.

Ahora que hemos visto al ego de este lado del puente, miramos hacia donde

nos lleva el puente, al mundo real:

(VI.6:1-3) ¡Qué diferentes son las cosas al otro lado del puente!

Durante

algún tiempo se sigue viendo el cuerpo, pero ya no es lo único que se ve,

como ocurre aquí. La pequeña chispa que contiene los Grandes Rayos también es visible, y no puede ser confinada a la pequeñez por mucho más tiempo.

Regresamos a los Grandes Rayos, que se refieren a la luz de Cristo que es

nuestro verdadero Ser. Mientras nosotros creemos que estamos fuera del

Cielo, la luz de los Grandes Rayos se experimenta como una "chispa", similar a cuando Cristo es descrito como "un Niño pequeño" en la Lección

182. La chispa no es real, porque la luz es luz y no puede ser empequeñecida. El miedo a esta luz nos lleva a experimentar solo aspectos

circunscritos de ella, por lo que Jesús refleja para nosotros el proceso de

alejarnos del oscurecido mundo de la materialidad del ego hacia el luminoso mundo del perdón del Espíritu Santo en la mente. Este es el hogar

de la visión de Cristo que ve más allá de las aparentes diferencias hacia la

igualdad del Hijo de Dios. Nuestro perdón completo culmina en el mundo

real, desde el cual no hay más que un paso rápido hacia la luz Celestial de la

verdad y el final del sueño.

(VI.6:4-5) Una vez que hayas cruzado el puente, el valor del cuerpo disminuirá tanto ante tus ojos, que ya no tendrás ninguna necesidad de enaltecerlo. Pues te darás cuenta de que su único valor es el de permitirte llevar a tus hermanos contigo hasta el puente, para allí ser liberados juntos.

En el proceso de curación, el cuerpo se vuelve cada vez menos importante, teniendo valor solo como salón de clases, ya que no tiene ningún valor en sí mismo. Al pedirle al Espíritu Santo que cambie el propósito del cuerpo, de la culpa al perdón, del especialismo a la santidad, de la separación a la unidad, aprendemos que cruzamos el puente y volvemos a casa juntos, o no en absoluto, deshaciendo el principio del ego de uno u otro que es su salvación.

(VI.7:1-3) El puente en sí no es más que una transición en la perspectiva que se tiene de la realidad. A este lado, ves todo sumamente distorsionado y desde una perspectiva errónea. Lo que es pequeño e insignificante se enaltece, y a lo que es fuerte y poderoso no se le concede ningún valor.

Esta distorsión de la separación se refuerza cuando creemos que Jesús hace cosas por nosotros "a este lado"; que existe en un cuerpo, aunque celestial, y se preocupa por lo que sucede aquí. La inteligencia de esta estratagema del ego toma la grandeza de Cristo, reflejada para nosotros por Jesús, y la lleva a la pequeñez del mundo de los cuerpos del ego. La nada del cuerpo está oculta por el ego y arrastra a Jesús al sueño para interactuar con él.

Como esto es similar a lo que uno encuentra en los evangelios, debemos creer que el cuerpo no podría carecer de sentido, y mucho menos ser ilusorio, ya que Jesús lo hace real e importante en virtud de su interacción

con él. Además, su enseñanza sobre el poder de la mente para soñar un

mundo real en apariencia se reduce a la insignificancia, porque el cuerpo ha

asumido una prominencia apropiada sólo para la mente, el verdadero gobernante de nuestro destino (L-pII.253.1:2).

Este pasaje, dicho sea de paso, se refleja en las siguientes líneas del poema

de Helen, "Transformación", escrito casi una década después de que se escribiera el párrafo anterior:

Lo trivial

Su magnitud amplía, mientras lo que grande parecía

Vuelve a su pequeñez merecida.

(Los dones de Dios, p. 64)

(VI.7:4) Durante la transición hay un período de confusión, en el que es posible experimentar una sensación muy real de desorientación.

Este importante pensamiento también se repite en el siguiente capítulo.

Jesús les está diciendo a sus alumnos que el perdón es un proceso que conlleva un gran temor, y en su enseñanza están implícitas estas palabras:

"Tú fabricaste el mundo de los cuerpos y las relaciones especiales porque

estabas aterrorizado por la culpa en tu mente. Esta culpa también se fabricó,

porque estabas aún más aterrorizado por el amor de la mente que podrías un

día elegir, lo que en última instancia haría que tu yo individual

desapareciera. ¿Cómo, entonces, podrías no tener miedo de elegir la plenitud de la mente en lugar de la ausencia de la mente? De hecho,

tu

identificación corporal se basa en el miedo, y no lo dejarás ir simplemente

porque yo te lo pida".

Jesús nos hace saber que sabe que nos resistiremos a cruzar el puente, porque nuestra existencia está construida sobre el cuerpo enraizado en tierra

firme. No obstante, poco a poco nos daremos cuenta de que estamos parados sobre nada, y que, lo que pensamos que está parado sobre nada

tampoco es nada; y, por último, que el yo que parece tan santo porque lee este santo libro tampoco es nada. Dados estos hechos indiscutibles, la desorientación es una respuesta natural cuando nos damos cuenta de que aquí nada funciona porque aquí no hay nada. Por decir lo menos, esto es bastante desconcertante porque, para repetir la enseñanza esencial de Jesús, corrimos al mundo que fabricamos para escapar de la culpa que pensamos que nos destruiría; la misma culpa, que, de hecho, es una defensa contra el poder de la mente tomadora de decisiones que destruiría el ego simplemente disolviendo su existencia ilusoria en la luz de la verdad.

(VI.7:5-7) No tengas miedo de esto, pues lo único que significa es que has estado dispuesto a abandonar el marco de referencia distorsionado que parecía mantener a tu mundo intacto. Este marco de referencia está construido en torno a la relación especial. Sin esta ilusión, no seguirías buscando ningún significado aquí.

Todas las relaciones especiales tienen como finalidad la gratificación del

cuerpo físico y las necesidades psicológicas, que se hacen reales a expensas

de la mente. Este es un error que estamos dispuestos a re-examinar y corregir, recordando que nuestra realidad se encuentra en la relación santa

de la mente con Jesús. Como se nos enseñó anteriormente (por ejemplo, T9.IV.10-12), no podemos tener miedo de la realidad, de Dios y Su Amor,

sino solo de la ilusión que el ego ha hecho de ellos.

(VI.8:1) No temas que se te vaya a elevar y a arrojar abruptamente a la realidad.

Esta es una línea muy reconfortante, ya que alivia nuestro temor de que, si

realmente practicamos este curso, desapareceremos. Jesús está diciendo que

eso no va a suceder, al menos no hasta el final del viaje, en el punto en el

que ya no habrá una inversión en perpetuar el yo ilusorio y separado.
Lo

que sucede a medida que viajamos a la realidad, sin embargo, es que nuestra culpa, ira, ansiedad y depresión desaparecen. Nos damos cuenta con

gratitud de que el proceso del perdón es una disminución gradual de nuestro

invertir en el ego, y un aumento en nuestra identificación con el ser de mentalidad-correcta que nos libera del especialismo del juicio. El miedo no

es más que una táctica sutil del ego para hacer que suspendamos la práctica

de Un Curso de Milagros, y así no desaparecer en el olvido, impidiendo la

suave transformación hacia un ser más feliz, el cual es el precursor del despertar a nuestro verdadero Ser.

(VI.8:2) El tiempo es benévolo, y si lo usas en beneficio de la realidad, se ajustará [(amablemente) en la edición en inglés] al ritmo de tu transición.

Ten en cuenta las palabras benévolo y amablemente, recordatorios útiles

cuando nos sentimos tentados a ser poco amables con los demás y con nosotros mismos. Debemos ser benévolos y amables, porque así es como

aprendemos de la amable bondad de Jesús. Por lo tanto, cada vez que nos

sentimos presionados por "seguir adelante con las cosas" - con respecto a

los demás o a nuestro progresar con el Curso - sabemos que esto es el ego,

ya que la paciencia de Jesús es infinita (T-5.VI.11:6-7). Como la transición

del ego al Espíritu Santo tiene lugar sólo en la mente, la cual es atemporal,

la pregunta de cuánto tiempo es irrelevante. Comprender esto es la base de

la benévola amabilidad de la paciencia.

(VI.8:3-5) Lo único que es urgente es desencajar a tu mente de la posición fija que ha adoptado aquí. Ello no te dejará desamparado ni desprovisto de un marco de referencia. El período de desorientación,

que precede a la transición en sí, es mucho más corto que el tiempo que tardaste en fijar tu mente tan firmemente a las ilusiones. Estas son las buenas noticias: podemos pensar que el proceso del perdón está tomando mucho tiempo, pero tomó incluso más tiempo, el llegar al final de la escalera del ego. Una de las etapas más dolorosas de este proceso es el cambio inicial, que nos arroja a un considerable desorden ("el período de desorientación") porque nosotros hemos elegido contra las ilusiones sin conciencia de la verdad. Esto nos deja en una especie tierra de nadie. Afortunadamente no nos quedamos aquí, porque la Ayuda de Dios siempre está ahí para guiarnos a través de lo que Juan de la Cruz denominaba la "noche oscura del alma". En el próximo capítulo Jesús dice, refiriéndose a este período, "Ahora es el momento en que hay que tener fe" (T-17.V.6:1), que puede entenderse como la necesidad de confiar en el camino de perdón, por el cual él nos guía. Es como si un hilo dorado de esperanza se hubiera abierto paso a través de la desolación de nuestras vidas, proporcionando un marco de referencia que da sentido al aparente sin sentido de la existencia material. De esta manera, la prisión de las ilusiones da paso suavemente al aula que conduce desde las ilusiones, a través de las ilusiones, a la verdad de nuestro hogar.

(VI.8:6) Cualquier demora te hará más daño que antes, debido únicamente a que te das cuenta de que es una demora, y de que realmente es posible escapar del dolor.

Una vez que empezamos a curarnos y a comprender la naturaleza defensiva

del dolor que es intrínseca al mundo de especialismo del ego,
permanecer
en el sueño es aún más doloroso. El especialismo es bastante malo aun
cuando tenemos la ilusión de que es maravilloso, pero cuando nos
damos
cuenta de que es la causa de nuestro sufrimiento, y aun así lo
elegimos, la
locura es aún más horrorosa, por no mencionar desalentadora.
Recuerda la
repetida y no-muy-retórica pregunta de Jesús: "¿Por qué esperar al
Cielo?"
(L-pl.131.6:1; L-pl.188.1:1). Ya que escapar del dolor es realmente
posible,
¿por qué no elegir hacerlo ahora?
(VI.8:7-8) En lugar de desesperación, halla esperanza y consuelo en
esto: muy pronto ya no podrás encontrar en ninguna relación especial
aquí ni siquiera la ilusión de amor. Pues ya no estás completamente
loco, y no tardarás mucho en reconocer la culpabilidad que te produce
traicionarte a ti mismo.
Jesús nos está dando otras palabras de ánimo, muy reconfortantes
después
de los pasajes que apuntaban con horribles detalles a los intentos
salvajes
del ego de asesinar a otros para que sean castigados por nuestros
secretos
pecados de traición. La voluntad de llegar tan lejos en el texto refleja
que
hemos elegido la cordura en lugar de la locura, la curación en lugar del
asesinato. Nos alegra reconocer que el especialismo nunca puede
darnos lo
que queremos. Solamente el perdón puede, porque es la "llave de la
felicidad" (L-pl.121).
(VI.10:4-5) Lo que la culpabilidad ha forjado es feo, temible y muy
peligroso. No veas ninguna ilusión de verdad y belleza en ello.
Cuando vemos la ilusión de la relación de amor especial por el horror
que
realmente es, mirando más allá de su rostro seductor a la verdad, la
belleza
y el amor, nos damos cuenta de que tenemos otra opción y una que

realmente queremos. Como Jesús dice, al concluir el Capítulo 23: "A quien que esté respaldado por el Amor de Dios podría resultarle difícil elegir entre los milagros y el asesinato? (T-23.IV.9:8). Nuestro maestro nos pide que miremos con los ojos abiertos el contraste entre la relación especial y la relación santa. Esto es difícil solo para aquellos que se resisten a dejar ir el especialismo que es el oxígeno del ego.

(VI.10:6-7) Y siéntete agradecido de que haya un lugar donde la verdad y la belleza te aguardan. Ve gustosamente a su encuentro y descubre lo mucho que te espera por el simple hecho de estar dispuesto a abandonar lo que no es nada precisamente porque no es nada. Mientras valoremos nuestro especialismo, no creeremos en su nada, lo que significa que no vamos a renunciar a él. Es por eso que necesitamos un sistema de pensamiento y un maestro que nos exponga la fealdad de la relación especial. Llegamos a aprender que no solo es fea, sino que su fundamento no es nada. Podemos luego preguntarnos de manera significativa: "¿Por qué elegiría aferrarme a algo que es feo, dañino y sin sentido, cuando la verdad y la belleza de la abundancia de Dios esperan que cambie mi decisión?"

(VI.11:1-4) La nueva perspectiva que adquirirás al cruzar el puente será el entendimiento de dónde se encuentra el Cielo. Desde este lado parece encontrarse fuera de ti y al otro lado del puente. Pero al cruzar el puente para unirse al Cielo, éste se unirá a ti y os volveréis uno. Y pensarás, con feliz asombro, que a cambio de todo esto renunciaste a lo que no era nada.

De este lado del puente, el mundo del ego, parece que estamos sacrificando todo lo que más deseábamos: ideas de amor, éxito y satisfacción de nuestras necesidades especiales; y este darnos por vencido parece pedirnos

demasiado. Es solo cuando cruzamos al mundo real, viviendo únicamente en el instante santo y dándonos cuenta de que el ego es pura ilusión, que entendemos que realmente no hemos renunciado a nada a cambio de todo lo que tenemos y somos. Esta conciencia permanece apenas por un instante, mientras Dios rápidamente nos alcanza y nos eleva hasta Sí Mismo, la culminación de nuestro cruce del puente del Espíritu Santo.

El puente a Dios

(III.8:2-3) Tarde o temprano todo el mundo tiene que construir un puente para salvar la brecha que se imagina existe entre sus dos seres.

Cada cual construye dicho puente, a través del cual salvará la brecha que le separa de su Ser, tan pronto como esté dispuesto a hacer un ligero esfuerzo por construirlo.

Esta es nuestra "pequeña dosis de buena voluntad" de cuestionar el valor de

lo que hemos hecho y apreciado: el falso ser del ego que abraza nuestras

necesidades especiales para obtener algo especial de esos otros especiales.

Este cuestionamiento comienza el proceso que se consuma al recordar nuestro verdadero Ser, el cual nunca abandonó Su Fuente, cerrando una

brecha que nunca existió.

(III.8:4-9:3) Sus parvos esfuerzos están poderosamente respaldados por

la fortaleza del Cielo y por la voluntad conjunta de todos los que hacen que el Cielo sea lo que es, al estar unidos dentro de él. Y así, todo aquel

que está dispuesto a cruzar es literalmente transportado hasta el otro lado.

Tu puente está mejor construido de lo que te imaginas, y tus pies están firmemente asentados en él. No dudes de que la atracción de los que están al otro lado esperándote no te vaya a ayudar a cruzar sin contratiempos. Pues llegarás a donde quieres estar, y a donde te aguarda tu Ser.

Nuestras creaciones, la plenitud de Cristo, están al otro lado del puente, por así decirlo, dándonos la bienvenida al hogar y animándonos a no tener miedo de cruzar. Todo a lo que renunciamos, nos recuerdan, es nada, porque sólo estamos perdiendo nuestro especialismo y recuperando el verdadero Ser. Mientras dejamos ir al ego, somos literalmente transportados a través del puente, lo que significa que cruzamos o somos llevados al hogar del que nunca nos fuimos. El único miedo involucrado es perder el yo individual que tanto valoramos. Jesús invoca las imágenes de nuestras creaciones sirviendo como animadoras, las cuales simbolizan nuestra creciente confianza en que este es un puente que vamos a cruzar, estamos cruzando, y en verdad ya lo hemos cruzado. Siempre hemos estado en casa en el Cristo Que es la compleción de Dios, porque Él es nuestro Ser. Aquí hay otras palabras de ánimo de nuestro maestro, animándonos a no perder la fe en el viaje por el cual nos está llevando: (IV.2:5-6) No te muestres renuente ahora, pues estás demasiado cerca, y cruzarás el puente sin ningún contratiempo, al ser transportado serenamente de la guerra a la paz. Pues la ilusión de amor jamás te satisfará, pero la realidad del amor, que te espera al otro lado, te lo dará todo. Necesitamos aceptar esta verdad, al mismo tiempo que recordamos nuestra resistencia. Dado que toda-vía creemos que perderemos, tenemos que mirar la relación especial sin juzgarla y darnos cuenta de que sus ilusiones de felicidad y seguridad nunca nos satisfarán. Pero el puente de la guerra a la paz, del odio al amor y del especialismo a la realidad definitivamente lo hará - llevándonos suavemente de la nada al todo.

(IV.8:1-2) El Cielo aguarda silenciosamente, y tus creaciones extienden sus manos para ayudarte a cruzar y para que les des la bienvenida. Pues ellas son lo que andas buscando.

Nuestras animadoras de nuevo. Ya que buscamos nuestras creaciones, será a

ellas a quienes encontra-remos. Así también, cuando buscamos las falsas

creaciones del ego para completarnos, las encontraremos también.

Percibimos solo lo que queremos percibir, verdad o ilusión. Esta es una variación de la dinámica fundamental de la mente que es un tema familiar

en nuestra sinfonía: la proyección da lugar a la percepción.

(IV.8:6-7) La aceptación de tus creaciones es la aceptación de la

Unicidad de la creación, sin la cual nunca podrías ser completo.

Ninguna clase de especialismo te puede ofrecer lo que Dios ha dado, y lo que tú das junto con Él.

Implícita aquí, y explícita en otras partes, está la naturaleza omnipresente de

la Unicidad que incluye no solo nuestras creaciones en el Cielo, sino a todos los Hijos de Dios en la tierra. No puede haber excepciones a este Amor, porque el excluir a uno es excluir nuestra compleción como el Ser, la

creación que todo lo incluye de Dios. Como el ego nos haría proyectar su

sistema de pensamiento de separación, fragmentación y especialismo, el

Espíritu Santo nos guía para extender Su visión de sanación y unión, el reflejo de la perfecta unidad del perfecto Hijo de Dios con Sus creaciones.

(IV.9:1-3) Al otro lado del puente se encuentra tu compleción, pues estarás completamente en Dios, sin querer nada especial, excepto ser exactamente como Él, y mediante tu compleción le brindarás a Él la Suya. No tengas miedo de cruzar el puente y entrar a la morada de la paz y de la perfecta santidad. Sólo ahí está establecida para siempre la compleción de Dios y la de Su Hijo.

Nada aquí nos completará jamás, al contrario de los cuentos de especialismo del ego. Jesús nos pide que confiemos en su gentil guía mientras nos conduce a través del miedo al amor, desde la incompleción del

ego hasta la compleción de Dios y Su Hijo. El viaje que emprendemos con Jesús es el de reunir a todos aquellos que creen que están separados e incompletos. Nadie está excluido, porque no elegiríamos excluarnos de la morada de la santidad, de la paz de Dios donde permanecemos como un solo Hijo unido. Aceptamos con gozo el feliz hecho de que cruzamos el puente juntos, o no en absoluto.

(IV.9:4-6) No busques esto en el desolado mundo de las ilusiones, donde nada es seguro y todo te deja insatisfecho. En el Nombre de Dios, estate completamente dispuesto a abandonar todas las ilusiones. En cualquier relación en la que estés totalmente dispuesto a aceptar la compleción y sólo la compleción, ahí Dios se completa, y Su Hijo junto con Él. Puesto que hay un solo Hijo, y también hay un solo Dios, lo que nos hacemos unos a otros nos lo hacemos a nosotros mismos. De hecho, lo que nos hacemos unos a otros también se lo hacemos a Dios, y esta separación de nuestra Fuente nos separa de nuestro Ser. Jesús nos está ayudando a darnos cuenta de que nada aquí vale la pena como perder la conciencia de nuestra compleción como Cristo. El especialismo nunca satisfará nuestros anhelos de plenitud, sino que el perdón total nos llevará más allá de la ilusión hacia la verdad.

(IV.10:1-2) El puente que conduce a la unión contigo mismo conduce inevitablemente al conoci-miento, pues fue construido con Dios a tu lado, y te conducirá directamente hasta Aquel en Quien reside tu compleción, la cual es completamente compatible con la Suya. Cada ilusión que aceptas en tu mente considerando que es alcanzable, invalida tu propia sensación de compleción, y, de esa forma, niega la Plenitud de tu Padre.

Esto explica la estrategia subyacente del ego. Si vamos a recordar nuestra

compleción en Dios, no hay espacio para el ego, lo que significa que no hay espacio para nuestro yo individual. Para mantener la mente alejada de este conocimiento, el ego nos dice que encontraremos la compleción en las ilusiones de su mundo especial. Como el ego hace que olvidemos el puente de la mente que nos trajo hasta aquí, no tenemos más remedio que escucharlo a él, buscando continuamente en el mundo de los cuerpos el amor que nunca encontraremos allí. Solo cuando nosotros levantamos las manos con desesperación, clamando por el otro lado, estaremos dispuestos a escuchar la Voz que continuamente nos llama desde la mente a elegir la compleción en lugar del especialismo.

(IV.12:1-2) Del mismo modo en que tu Padre no puede olvidarse de la verdad que mora en ti, tú tampoco puedes dejar de recordarla. El Espíritu Santo es el Puente que conduce hasta Él, el cual fue construido mediante tu voluntad de unirse a Él, y creado por Su júbilo en unión contigo.

Un regreso al principio de la Expiación: nada ha cambiado. Nuestro Padre no se ha olvidado de Su Hijo, ni puede Su Hijo olvidarlo a Él verdaderamente. La Presencia del Espíritu Santo como el Puente desde la ilusión a la realidad hace que esto sea así. Su camino del perdón nos lleva del mundo del ego de cuerpos separados al mundo real en que no existen cuerpos. A partir de ahí, el último paso de Dios nos lleva al hogar que realmente nunca abandonamos. Sin embargo, primero necesitamos una "pequeña dosis de buena voluntad" para abrir la puerta que, en nuestro pensamiento delirante, creíamos que estaba cerrada por siempre para nosotros.

(IV.12:3-6) La jornada que parecía interminable está llegando a su fin, pues lo que es interminable está muy cerca. Ya casi lo has reconocido.

Démosle ahora juntos la espalda a todas las ilusiones sin vacilación alguna, y no permitas que nada obstruya el camino que conduce a la verdad. Juntos emprendaremos el último viaje inútil que nos aleja de la verdad, y de ahí iremos juntos directamente a Dios, en gozosa respuesta

a Su Petición de que Se le complete.

Jesús nos anima de nuevo a no tener miedo, diciéndonos al mismo tiempo:

"Por supuesto que estarás superado por el miedo, ya que estás experimentando tu mundo de forma invertida. Sin embargo, solo necesitas

tomar mi mano y te guiaré suavemente a través del puente hasta tu compleción. El "último viaje inútil" del ego [ver también T-4.in.3:1] casi ha

terminado". No hace falta decir que, dado que el sentido del tiempo de Jesús es muy diferente del nuestro – leeremos varios capítulos más adelante, "¿Qué son cien años para Ellos [Dios y Cristo], o mil, o cientos de

miles?" (T-26.IX.4:1) – no debemos colocar sus palabras en el marco de nuestra ilusoria existencia temporal, pensando que estaremos en casa mañana (o incluso hoy). Declaraciones como esta, y el libro de ejercicios

está repleto de ellas, nos ayudan a reconocer que Jesús (el símbolo de nuestra visión de mentalidad-correcta) nos está comunicando desde la perspectiva de la mente que está por encima del campo de batalla del mundo del tiempo y el espacio. Sus palabras, entonces, son parte de la pedagogía del Curso que nos ayuda a cambiar nuestra identificación del

cuerpo a la mente, donde "Permaneceré muy quedo por un instante e iré a

mi hogar" (L-pl.182).

(IV.13:1-5) Si las relaciones especiales, de la clase que sean, dificultan la

compleción de Dios, ¿qué valor pueden tener para ti? Lo que supondría un impedimento para Dios tiene que serlo para ti también. Sólo en el tiempo parece posible que algo pueda impedir la compleción de Dios. El puente a través del cual Él quiere llevarte en Sus brazos, te lleva del tiempo a la eternidad. Despierta del tiempo, y sin miedo alguno contesta la Llamada de Aquel Que te hizo eterno cuando te creó.

Cuando entendemos que el propósito de la relación especial es mantener la culpa y la separación, ya no la elegiremos. Su mundo temporal/espacial interfiere con la inmortal e inmutable Unicidad de Dios, por lo que interfiere con el inmortal e inmutable Hijo de Dios. ¿Quiénes en sus mentes correctas querrían un mundo así, cuando pueden elegir el puente del perdón que los despierta del sueño y devuelve al Hijo de Dios a su eterno hogar?

Una vez más, Jesús nos llama a soltar nuestra identificación corporal y elevarnos, con él, a la mente que trasciende el universo material, el cual no es más que el sueño proyectado del sistema de pensamiento de mentalidad errada de separación y pecado del ego.

(IV.13:6-11) A este lado del puente que conduce a la intemporalidad no entiendes nada. Pero conforme lo cruces con paso ligero, sostenido por la intemporalidad, se te conducirá directamente al Corazón de Dios. Y ahí, y sólo ahí, en el centro de Su Corazón, estarás a salvo para siempre

porque gozarás de compleción eternamente. No hay velo que el Amor de Dios por nosotros no pueda descender. El camino a la verdad está despejado. Recórrelo conmigo.

Jesús nuevamente nos insta a aceptar que nada se gana de este lado del

puente, ni nada puede ser entendido aquí en el mundo de las ilusiones sin

sentido. Sin embargo, todo es nuestro en el otro lado donde reside la verdadera seguridad. Permanecer con Jesús, nos asegura que nuestro viaje

sea seguro a través de los velos del tiempo hacia la intemporalidad, el puente que nos lleva a la verdad de nuestro Ser que descansa para siempre

en el Corazón de Dios.

(V.16: 1-4) La decisión de si debe o no escuchar a este curso y sigue no es más que la elección entre la verdad y la ilusión. Por aquí es verdad, separado de la ilusión y no confundido con él en absoluto. Qué sencillo hace esta elección se convierten cuando se percibe sólo como lo que es.

Por sólo fantasías que la confusión en la elección posible, y que son totalmente irreales.

Jesús nos ayuda a darnos cuenta, al cruzar el puente que nos lleva a casa,

que nuestra elección es siempre entre nada y todo. El viaje consiste en mirar

las ilusiones que convertimos en verdad; las variadas formas en que adoramos a los dioses de especialismo a quienes erigimos como sustitutos

del Dios verdadero. Así comparamos la salvaje fealdad del sistema de pensamiento de especialismo del ego con el gozo pacífico del mundo real y

del Cielo. ¿Qué poder tienen las fantasías sobre la simple verdad de nuestra realidad?

(V.17:1-3) Éste es, pues, el año en que debes llevar a cabo la elección más fácil a la que jamás te hayas enfrentado, y también la única.

Cruzarás el puente que conduce a la realidad simplemente porque te darás cuenta de que Dios está al otro lado y de que aquí no hay nada en

absoluto. Es imposible no llevar a cabo la elección que naturalmente llevarías a cabo si te dices cuenta de esto.

Esta parte del dictado comenzó en Año Nuevo, de ahí la referencia en la

primera oración. El ego nunca quiere que veamos la elección real, porque

eso seguramente significaría que decidiéramos contra él. Al fabricar un mundo y un cuerpo para borrar el recuerdo de la parte tomadora de decisiones de la mente, el ego borra nuestra capacidad para decidir entre el

sistema de pensamiento ilusorio de separación o la verdad reflejada de Expiación. Es útil recordar que las decisiones en el mundo son igualmente

irreales, porque son entre una ilusión y otra: ¿Qué necesidad satisfago hoy?

¿De quién deseo recuperar mi inocencia? No importa quiénes o qué son los

objetos, porque la dinámica del especialismo es la misma, la cual el ego

nunca quiere que veamos. Para preservar su existencia, para reafirmar esto, el ego erige la defensa corporal de la relación especial para evitar que volvamos nuestra atención a la mente donde podemos elegir entre la ilusión y la verdad. Reconocer la estrategia de ausencia de la mente del ego para esto nos permite recordar nuestra identidad dentro del sueño como tomador de decisiones. Elegir la verdad ahora se convierte en la decisión más fácil y natural que podemos tomar.

Conclusión.

Los dos párrafos que concluyen este capítulo resumen acertadamente este movimiento de nuestra sinfonía. Culminamos nuestra discusión sobre el instante santo viéndonos en el puente y decidiendo si volver al mundo de

especialismo y dolor del ego, o avanzar hacia el amor y la curación.

(VII.11:1-2) Busca y encuentra Su mensaje en el instante santo, en el que se perdonan las ilusiones. Desde ahí, el milagro se extiende para bendecir a todo el mundo y resolver todo problema, percíbase como grande o pequeño, como que puede ser resuelto o como que no.

Debido a que no hay grados de dificultad en los milagros, la solución definitiva, todos los problemas son iguales. Sin embargo, este no es el caso

cuando estamos fuera del instante santo. Entonces, una multitud de problemas exigen soluciones multitudinarias, reforzando el sistema de pensamiento del ego de separación y fragmentación, y su primera ley del

caos: “hay una jerarquía de ilusiones” (T-23.II.2:3). La belleza del milagro

radica en su sencillez: un problema, una solución; un resentimiento, un perdón. Es importante observar cómo la redacción del pasaje anterior refleja

la naturaleza todo-inclusiva del milagro. Se extiende para bendecir a todos

y resolver todos los problemas. Esta es la razón por la que es el único sanador, porque devuelve todas las relaciones y situaciones a su única

fuelle: la decisi6n err6nea de la mente que ahora es corregida en el instante
santo.

(VII.11:3-7) No hay nada que no ceda ante él y Su majestad. Unirse en estrecha relaci6n con él es aceptar todas las relaciones como reales, y gracias a su realidad, abandonar las ilusiones a cambio de la realidad de tu relaci6n con Dios. Alabada sea la relaci6n que tienes con él y ninguna otra. La verdad reside en ella y no en ninguna otra parte. Eliges esto o nada.

Aceptar la verdad de nuestra relaci6n con Dios significa aceptar la verdad

de nuestra relaci6n con todos. Nuestra lecci6n diaria, por lo tanto, es que

cada vez que nos sentimos tentados a complacer los deseos del especialismo

del ego, debemos recordar que la única relaci6n real es con nuestro Creador,

y nuestra única tarea en la tierra es reflejar la Unidad de esta relaci6n viendo solo intereses compartidos entre la Filiaci6n. Esta es la única verdad

dentro del mundo de la ilusi6n, y este es el único medio para sanar de todo

sufrimiento y recordar nuestro Ser. Elegimos esto o de hecho no elegimos

nada, porque no hay nada más. El Amor de Dios permanece perfectamente

unido dentro de su Totalidad indivisa y no-separada.

Lo que sigue es la versi6n de Un Curso de Milagros del Padrenuestro, una

hermosa manera de terminar el capítulo sobre el especialismo y el instante

santo. Cuando Helen estaba escribiendo esto una noche, ella creía que "la

Voz", como eufemísticamente se refería a Jesús, se había vuelto loca, porque las palabras parecían ser un galimat s total. Presa del p nico, llam 

a Bill, quien le dijo de manera tranquilizadora, en efecto: seguro que esto no

es una tontería. Simplemente recíbelo y re nete conmigo temprano en la

mañana en la oficina y lo leeremos juntos". Jesús también tranquilizó a Helen diciéndole: "Escríbelo como lo oyes, y no te preocupes. Lo entenderás más tarde". Ella no lo entendió esa noche, pero cuando empezó a

leer esta hermosa oración a Bill a la mañana siguiente, de repente se echó a

llorar, dándose cuenta – finalmente – de lo que decía. Aquí ahora está su

inspirador mensaje de perdón que disuelve toda ilusión. Es el medio que

Jesús utiliza para poner fin a nuestras tentaciones de vagar sin sentido en los

sueños de especialismo del ego, y para despertarnos por al fin al Amor de

nuestro Padre. El sueño del olvido da paso suavemente al perfecto perdón

de Dios, y nuestros ojos se abren con alegría cuando nuestra voluntad regresa a la Voluntad que nos creó y que somos:

(VII.12) Perdónanos nuestras ilusiones, Padre, y ayúdanos a aceptar nuestra verdadera relación Contigo, en la que no hay ilusiones y en la que jamás puede infiltrarse ninguna. Nuestra santidad es la Tuya. ¿Qué puede haber en nosotros que necesite perdón si Tu perdón es perfecto?

El

sueño del olvido no es más que nuestra renuencia a recordar Tu perdón y

Tu amor. No nos dejes caer en la tentación, pues la tentación del Hijo de

Dios no es Tu Voluntad. Y déjanos recibir únicamente lo que Tú has dado, y aceptar sólo eso en las mentes que Tú creaste y que amas. Amén.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.